



Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

<https://archive.org/details/estudios5601unse>

16. Oct. 1939.

**NOVIEMBRE
1937**

LIBRARY OF PRINCETON
DEC 30 1937
THEOLOGICAL SEMINARY

ESTUDIOS

LIBRARY OF PRINCETON
DEC 30 1937
THEOLOGICAL SEMINARY

"NOTAS EDITORIALES":

Con Alberto Le Roy, de la Oficina Internacional del Trabajo	2
"EL PROBLEMA DE LA FAMILIA OBRERA" , por José Antonio de Laburu	6
"EL DETERMINISMO EN BIOLOGIA" , por el Dr. Roberto Barahona	20
"MI ENTREVISTA CON EL GENERAL FRANCO" , por Maximiano Errázuriz	28
"LA ENSEÑANZA DE LA RELIGION EN LAS ESCUELAS DEL ESTADO" , por José H. de la Cerda	48
"DE LA REALIDAD":	

Ciencias: "Por qué se quiere reformar el Calendario", P. 52.

Arte: "Impresiones sobre cinco marinistas chilenos", P. 53.—"Crítica de análisis y análisis sin crítica", P. 57.

Letras: "Eugenio Montes", P. 59.—"Amanecer", P. 60.

Vida Internacional: "Conflicto entre Honduras y Nicaragua", P. 60.—"¿Existe un quebrantamiento de la tradicional alianza Anglo-Portuguesa?", P. 63.

"NOTAS BIBLIOGRAFICAS":

"Índice de la Poesía Chilena Contemporánea", por Hernán del Solar, P. 66.—"A la sombra de las muchachas en flor", por Marcel Proust, P. 66.—"Las muchachas", por Henri de Montherlant, P. 67.—"En U. R. S. S.", por Pierre Herbart, P. 67.—"Cauces de la voz", por Francisco Santana, P. 68.—"Los antepasados de Don Diego Portales Palazuelos", por Fernando Larrain Echeverría, P. 69.—"El prestamista de honras", por Benjamín Morgado, P. 70.—"Franco, cuarto Caudillo de la Epoca", por Joaquín Arrarás, P. 70.—"Historia de España", por Louis Bertrand, P. 70.—"Don Bosco y su tiempo", por Hugo Wast, P. 71.—"Alejandro I", por Mauricio Paleologue, P. 71.

NOTA EDITORIAL

Con Alberto Le Roy, de
la Oficina Internacional del Trabajo

UNA provechosa jira de investigación social ha traído también hasta nuestras tierras a Albert Le Roy, destacado personero de la Oficina Internacional del Trabajo. Ha permanecido aquí algunas semanas contraído por entero al estudio de la realidad social del país. Y para ello no se ha limitado a recibir las informaciones que espontáneamente se le proporcionaban sino que, por sí mismo, ha querido palpar los hechos, conocer en las más importantes industrias las condiciones del trabajo, indagar el problema de la habitación y el alimenticio y salir en fin, de los límites urbanos al campo para contemplar también allí la vida del inquilino en toda su amplitud.

Tuvimos repetidas ocasiones de conversar con este admirable y esforzado jesuíta sobre las urgentes reformas que las circunstancias imponen y, en especial, sobre la necesidad de ir creando, particularmente en las nuevas generaciones, una sólida conciencia social. De ahí que, desde el primer momento, valorara en toda su amplitud el esfuerzo que realiza "Estudios" por poner a sus lectores a tono con la realidad de los tiempos que corremos y que nos alentara con frecuencia a seguir en este propósito.

Sobre la orientación y desarrollo de la Oficina Internacional del Trabajo nos hizo interesantes declaraciones, recalándonos particularmente su universalidad, más efectiva aún que la de la propia Liga de las Naciones.

"Esta universalidad la veo — son sus palabras — al través del espacio, en los diferentes Estados, que, ya sea desde su origen o en el curso de los 18 años de su existencia han dado su adhesión a la Oficina Internacional del Trabajo. Se puede decir que en el momento actual ésta se extiende a través de toda la tierra, o poco falta porque ella reúne 62 Estados, es decir, poco más o menos todos los países del mundo, a excepción, de una de las grandes potencias industriales. Alemania, con la cual, sin embargo, mantiene una nutrida co-

responsabilidad. Organismo autónomo de la Sociedad de las Naciones, la Oficina del Trabajo comprende ella misma un número mayor de países que aquella. Pues, si todos los países que forman parte de la Liga de las Naciones forman obligatoriamente parte de la Oficina Internacional, lo recíproco no es verdad. Hay países que se han retirado de la Liga, como el Japón y el Brasil, que continúan formando parte de la Oficina del Trabajo. Otros que no han formado parte jamás de la S. D. N. como los E. U. han aceptado ser miembros de la O. I. T. y han colaborado durante tres años activa y eficazmente.

“Universalidad de espacio, y universalidad semejante en el tiempo, son los caracteres del problema que trata y busca de resolver la Oficina Internacional del Trabajo. Aquí no se trata de problemas de un día, pero sí de problemas que se presentarán bajo una forma u otra mientras existan hombres sobre la tierra. Se trata de saber si en toda la tierra, de Chile a Francia, de Inglaterra a EE. UU. y a la China, pueden los hombres, con su labor cotidiana, ganar su pan o su medida de arroz dentro de condiciones de trabajo que le permitan llevar una existencia verdaderamente humana y gozar en paz de una vida de familia; se trata de saber si pueden mantener la subsistencia de su mujer, criar a sus niños y subvenir a los gastos de su educación mientras no hayan llegado a un pleno desarrollo físico y hayan recibido una completa educación intelectual y moral; se trata de saber si ellos en caso de enfermedad o de accidente no quedarán reducidos a la miseria y a la mendicidad; se trata de saber, en fin, si ellos pueden, después de una vida de labor incansable, gozar antes de morir de algunos años de reposo y de tranquilidad mientras las nuevas generaciones releven en el trabajo a los ancianos.

“Problemas esenciales que atañen al hombre en lo más íntimo, que son para ellos generalmente una angustia cotidiana y que no serán jamás solucionados definitivamente en esta vida, pero que exigen siempre para ser comprendidos y estudiados a fondo un trabajo encarnizado que será a menudo muy fastidioso si no estuviera iluminado por la grandeza y la belleza de la tarea cumplida, porque su fin no es otro que la seguridad y alegría de millones de hogares.

“La universalidad de la O. I. del T., — continúa Le Roy — la veo bajo un tercer aspecto si entramos a considerar las diversas categorías de trabajadores beneficiarios de su obra. No solamente ella se extiende a toda la tierra sino que no hay trabajador que en cada país se escape a su benéfica acción. Puesto que cuando se fundó la Organización después de la guerra mundial en 1919, el pensamiento principal de sus iniciadores se detenía sobre todo, mejor diremos, únicamente, en esa categoría de trabajadores a los cuales un uso restringido

reserva a veces indebidamente este nombre: los de la industria. Agrupados en grandes fábricas, viviendo codo a codo en los mismos barrios populares, reunidos en poderosos sindicatos, sus necesidades y miserias saltan a los ojos; se necesitaría ser ciego para no verlas. Pero cuantos otros dispersos por el mundo no piden menos socorro con sus gritos, a pesar de ser menos retumbantes, no dejan de ser apercibidos por oídos atentos. Entre ellos los marinos, los vagabundos del mar, siempre errantes a los cuatro vientos, un día en Japón, otro en Australia o en América, no se presentan jamás a hacer valer sus derechos y serían fácilmente abandonados por olvido. Sin embargo la O. I. del T. desde 1920 en su segunda conferencia mundial votaba un conjunto de convenios y recomendaciones que constituyen un verdadero código completo de trabajo marítimo en todas sus formas: pesca, cabotaje, marinos de largo viaje, etc.”.

—¿Y los trabajadores de la agricultura? preguntamos. “La iniciativa—dice Le Roy—viene en este caso del primer director de la Oficina, Albert Thomas. Cuando él anunció que la oficina se ocuparía igualmente de los trabajadores agrícolas, la admiración fué general puesto que nadie o casi nadie se había soñado siquiera que éstos podían competir. El gobierno francés discutió la legitimidad de esta interpretación y de esta extensión. Albert Thomas, francés él mismo y de los mejores, no creyó ir contra las exigencias de un patriotismo bien comprendido al mantener su punto de vista contra el del gobierno de su país. Propuso hacer transar el asunto ante la Corte internacional de Justicia de la Haya y finalmente ganó la causa.

Y en otra ocasión yendo siempre adelante, fué también Albert Thomas quién decidió que la O. I. del T. se ocupara de una nueva categoría de trabajadores en la cual nadie había pensado, los trabajadores indígenas.

“Es justamente en los países lejanos más que en otra parte donde nosotros debemos cuidar de mantener la unidad de los hombres en su lucha contra la naturaleza, contra las miserias y las privaciones que resultan de las malas organizaciones sociales. Sólo cuando hayamos logrado realizar la unidad y la constancia de las relaciones con los países lejanos habremos establecido sólidamente la S. D. N. y su organización de justicia social”.

“En esta ocasión algunos gobiernos también quisieron protestar pero Albert Thomas nuevamente ganó la causa y actualmente las convenciones internacionales prohíben el trabajo forzado bajo todas sus formas y reglamentan los contratos de trabajo de los indígenas, impidiendo así que sean arrancados de sus chozas y separados de sus familias para ir a trabajar sin protección lejos de sus pueblos natales”.

—Pero ¿y los trabajadores intelectuales? inquirimos.

A causa de la crisis económica la O. I. del T. ha llegado también a comprenderlas. Ante el peligro de ver sus diplomas, adquiridos a fuerza de tantos años de estudio, inutilizados e inutilizables, las asociaciones de estudiantes han venido a pedir se ayude a luchar contra la cesantía a los jóvenes diplomados”.

—¿Y la orientación doctrinal de la O. I. del T.?

“Precisamente una cuarta prueba de la universalidad de la O. I. del T. es que ésta no pretende ser el reflejo de un partido ni de un clan. Quiere ser cosa de todos, quiere apoyarse sobre todos aquellos que se interesan en cuestiones sociales y desean aportar su contribución. En un estudio publicado diez años después de su fundación, leemos:

“Desde su nacimiento la organización ha querido crear con tacto, hacerse conocer, comprender y amar, encontrar en las relaciones con todo el elemento de la vida internacional el apoyo, el entusiasmo y las directivas”.

“Por lo tanto la O. I. T. no se contenta solamente con las relaciones oficiales con los gobiernos ni con las de los empleados y trabajadores sino que hace un llamado a todas las organizaciones de carácter privado y gran número de éstas han respondido. Para mantenerme en mi terreno, puesto que mi función especial en la O. I. T. es de seguir el movimiento social cristiano y de mantenerme en contacto con las agrupaciones católicas puedo afirmar que esta colaboración está ya sólidamente establecida y es de día en día más fructífera. Puede resumirse en dos cosas: por una parte la Oficina está enteramente a la disposición de todos aquellos que acuden a él. Es una tradición que mantiene muy en alto, la de que ninguna demanda de datos quede sin respuesta, aunque cueste dos o tres días de trabajo al servicio competente encargado de contestarla. Las puertas de su biblioteca, sus ficheros al día, su sala de lectura están a la disposición de todos aquellos que quieran venir a investigar. Se ha dicho que es el mejor observatorio social del mundo. Pero los tesoros que ha acumulado, no se los guarda egoístamente. Quiere que sirvan para el bien de todos y accedan a todos”.

No nos despedimos de este admirable apóstol de la causa obrera sin que antes nos obsequie varias publicaciones de la O. I. del T. y un interesante folleto personal titulado: “Catholicismo social y organización internacional del trabajo”, en cuyas páginas rubrica una gentil y alentadora frase: “Avec mes vœux de succès pour “Estudios”.—Albert Le Roy”.

“El Problema de la Familia Obrera” (1)

Por José Antonio de Laburu, S. J.

Voy a tratar el problema de la familia obrera y a referirme a lo diametralmente opuesto a la familia, los “sin familia”.

El problema de los “sin familia”, sin hogar, es aquí grande.

El otro día fui al Mapocho; quería tomar algo en cine para ver cómo vivían muchos de los muchachitos lustra-botas, que con gran pena veo rodar por las calles.

Encontré a un grupito que no sabía que yo los miraba. En él, uno estaba cosiéndose el pantalón — muchachito de doce años — mientras los otros, tumbados al sol, miraban cómo este muchachito se cosía el siete que le hacía enseñar las carnes.

Se escaparon al verme. Les hice seña para que se acercaran. Les pregunté si tenían hambre.

Sí, me respondieron.

Les dije que miraran para ver si alguien por allí tenía algo para comer. Al momento me vinieron con el recado: “Padre, aquí hay uno que tiene empanadas”. Llamé al vendedor. Tenía treinta y seis. Se las compré y se las dí. Me trasladé debajo de los puentes, para tomar algo en cine. Y cuando bajé del coche, me encontré con un muchachito de 10 años, el mismo que había estado en el grupo anterior; y le pregunté: “¿Cómo has venido?”. El muchachito se había venido montado detrás del coche en que yo iba. Le pregunté: “¿Tienes padre?”; y el muchachito me dijo: ¡No!—¿Madre!—Tampoco; nunca la he tenido. Dicen que tengo hermanos; pero yo no los conozco y éstos no me conocen a mí”.

¡Esto por las calles! Pregunto: ¿Es sólo él? ¿Cuántos como él!

Problema pavoroso el de esos muchachitos que en plena juventud, ya desde la infancia, son carne de vicio y de prostitución. ¿Qué podremos esperar el día de mañana de esos

(1) Versión taquigráfica de la Conferencia que sobre este tema dictó el R. P. José Antonio de Laburu en el Teatro “Caupolicán” de Santiago.—(N. de la R.).

muchachitos, ya adolescentes, que serán después masa sin capacidad para el trabajo, porque nunca han aprendido a trabajar, inservibles en absoluto? Estos son la masa dispuesta para que venga el agitador y los incite al robo y al crimen! ¿Qué puede esperar una sociedad de esos muchachitos que veis en las esquinas de las calles, andrajosos, enseñando las carnes, con un alma sumida en la degradación, encerrados en un cuerpecito que da asco por lo sucio?...

Hay que afrontar el problema: cerrando, primero, las fuentes de donde vienen tantos sin familias; cerrando tanto vicio, prostitución; tantas uniones ilegales que dejan a los chicos sin familia y sin hogar. Y en segundo lugar **recogiendo a estos muchachitos**, no dejándolos en la calle, teniendo compasión de ellos. Y si alguien se quiere ofrecer, yo les diré: "No dejéis de recoger a tantos muchachitos que ruedan por la calle". Son muchos los sin hogar y que duermen debajo de los puentes de vuestro río.

Al muchachito le pregunté: Tú, ¿dónde duermes?—Señor, yo en la Alameda, en un puesto de flores. — ¿Tú solo? — ¡Cá, señor, si somos más de sesenta los que dormimos ahí!!!

Señores, mientras están en el cine ésta y el otro; y aquél bebiendo y gastando el dinero, hay ciudadanos chilenos que no tienen dónde dormir y están en el puesto de flores durmiendo en la Alameda.

Conviene conocer este problema de los sin hogar; donde no hay hogar, ni siquiera material y ciertamente hay menos hogar moral.

Porque, señores, no sólo hay hogares que son pobres, sino que son miserables; pobreza es triste, miseria ya no se puede concebir. Miseria no sólo por falta de recursos materiales, sino miseria por vicio y falta de calor espiritual. Una miseria no sólo por falta de bienestar material, sino por falta de bienestar moral.

Esos hogares son pobres, miserables, no sólo por falta de ajuar, pues la ropa de cama y vestidos están en las agencias, sino porque esos hogares están vacíos de almas; en ellos sólo se hacinan los cuerpos, pero no hay calor de cariños, de recuerdos.

Son más fríos, que la tierra húmeda del suelo de esas piezas; se siente el frío de las almas que en ellas habitan.

Con la falta de alegría del sol que no entra en estas piezas, falta también la alegría del bienestar reposado y del cariño íntimo.

No digo dónde fué lo que voy a relatar:

Fué en un centro donde no pudieron imaginarse el obje-

to de mi presencia: “¿Me hace el favor, le dije a uno, de darme los expedientes que tiene sobre la mesa?”. Me los dieron. Cogí expedientes al azar... “Sin hogar”. Los leí. Conviene que se sepa lo que ellos contenían:

Expediente número 3262.—Madre viuda, 5 hijos, entrada \$ 120.00 mensuales, para seis personas al mes; una pieza, una cama; los seis en una cama.

Esto no es un hogar.

Expediente número 3229.—Madre soltera, 5 hijos, abandonada del padre de estos hijos. Miseria absoluta; ropa de cama empeñada en \$ 135.

Esto no es un hogar.

Expediente N. 3310.—Padre enfermo (y por suerte el pobrecito de enfermedad profesional); profesión: empaquetador de fierro y el polvo le ha hecho contraer enfermedad pulmonar, por la que recibe \$ 18.00 semanales; y este padre tiene mujer costurera que no tiene trabajo, y tiene 3 hijos; 5 en una pieza y una cama.

Esto no es un hogar.

Expediente N. 5084.—En una pieza, señores, tres familias: total: 11 personas, y gracias a Dios que tienen 3 camas once personas; y una de estas familias es padre, madre, con cuatro niños. Una sola cama para los niños; los cuatro tuberculosos por contagio del mayor, con tuberculosis abierta; padre enfermo y nadie gana en esa familia.

Esto no es un hogar.

Quinto Expediente.—Madre hospitalizada, padre tuberculoso abierto, que es urgente el que se hospitalice, por el peligro de contagio de sus hijos de 6, 4 y de 2 años de edad, y no puede el pobrecito; un padre que por tuberculosis, al principio le dieron un subsidio, y como la tuberculosis le durará más de un año, ya no puede recibir subsidio. Una sola cama. El departamento de cesantía les da una pieza. El Centro de Defensa del Niño, les pasa un subsidio.

Eso no es un hogar.

Señores, esa pieza de conventillo, en que hay algo que se llama cama, donde se avienen tantas personas; eso que es un absurdo en higiene, para la dignidad humana y para la moral, no es un hogar. Y aunque alguien diga que tiene un hogar, si es él, como el que acabo de describir, sin duda que tampoco tiene hogar.

Resultado de la falta de hogar

De ello se derivan consecuencias que no debieron existir.

El obrero que está todo el día trabajando, vuelve a este hogar, y en este hogar se encuentra que no hay más luz que una velita encendida; y en este hogar se encuentra con la humedad del piso, con el chico que llora; en este hogar se va

encontrando con algo que le repele, con algo que lo empuja a salir del hogar: y aquí está el problema, que ese hombre que no tiene casa, no puede estar allí, porque esa no es casa.

Y ¿dónde arranca el que no tiene hogar? Arranca a la cantina, a quitar las penas que tiene en el hogar, a beber.

Podrá ser vicio en el obrero el beber, pero muchas veces es porque no puede estar en el hogar, porque ese no es hogar y el pobrecito quiere gozar tal vez donde hay luz, quiere amigos, alegría artificial; por eso **ahí** se va el obrero y empieza bebiendo al principio por distracción y después por vicio, porque está expulsado del hogar.

El problema del alcoholismo en Chile es consecuencia pues de la carencia de hogar.

Pero el problema es más profundo. Porque mientras hay algunos que beben por vicio hay otros que no lo hacen por esto: el origen de su borrachera está en que se encuentran hambrientos.

En la mayoría de las casas de obreros se comen:

En la mañana: agua caliente, sin leche (té simple, sin leche, o una infusión de naranjo o de cedrón) con pan; un pancito de a veinte, los que pueden más.

Almuerzo: una olla de comida (guiso de papas o porotos) y un pan de a veinte.

Las onces (que son comida para los obreros), consiste en un sandwich de cebolla machacada con sal, en un pan de a veinte. Los más pudientes ponen carne y té puro. **EL OBRERO ESTA MAL NUTRIDO.** No voy a leer aquí estadísticas tremendas. Está mal nutrido porque sus padres lo estuvieron y ese obrero ha de sentir el latigazo, algo que le da fuerzas, y ese latigazo se lo da el alcohol que le repiquetea por dentro y le dá fuerza; por eso queda alcohólico: por hambre y por carencia de hogar.

Si precisamente me comprendierais; este obrero no puede tener hogar, porque no tiene dinero con qué pagarlo y por eso tiene sólo la pieza del conventillo; y para "matar la pena" él se sale del hogar y tiene menos dinero que si no saliese del hogar; el dinero lo gasta en alcohol y tiene **menos hogar.**

El pobrecito ha cobrado hoy y empieza a "litrear" el Sábado y termina el Lunes, y este obrero que "litrea", con ese litro de vino falsificado, se está envenenando, y ese obrero empieza a perder la cabeza y cuando vuelve ebrio a su casa, ya viene sin dinero. Y la mujer como necesita plata, le pide... y como el marido no la lleva porque la ha malgastado, se arranca... y a veces hasta por varios días; **y tenemos entonces el problema del abandono del hogar.**

Señores, es el problema de la familia obrera, de urgente necesidad, absoluta necesidad; el problema de que tenga comodidad el obrero en el hogar.

La vivienda obrera

El problema fundamental en la reforma de la familia obrera, es seguramente el problema de la vivienda. Su solución librará al obrero de muchos vicios y le dará su debido bienestar.

Problema de la vivienda. El mínimo justo que un obrero debe tener en la vivienda, es limpieza, con habitaciones sencillas, pero en plural; sencillas, pero habitaciones, en lugar de una pieza, donde se hacinan 5 o más; que tenga el obrero las piezas: la del matrimonio, mínimo; las de los hijos, plural, mínimo: la de ella y la de ellos.

Porque, señores, de no tener este mínimo, la moral queda fuera; la consecuencia son los incestos familiares; el problema atroz de la promiscuidad en los cinco que duermen siempre en la misma cama.

El problema es que, fuera de estas tres piezas, es necesario además, ¿por qué no ha de tener el obrero? la pieza para comer y estar un rato y el cuarto de higiene. Este es el mínimo que exige la moral, el minimum que exige la dignidad del hombre y la salud corporal.

Eso es además lo mínimo a que puede aspirar un hombre que entrega toda la actividad de su trabajo de hombre, de persona humana, para la Empresa de una industria y para el provecho de la sociedad.

He dicho su trabajo de hombre, porque no es una bestia la que entrega su fuerza a una empresa. No es la actividad del hombre obrero una máquina metálica, accionada por vapor o electricidad. El obrero ante todo es hombre, con toda la grandeza de la persona humana en orden sobrenatural y humano.

Por eso, al trabajo del hombre hay que darle, en justicia estricta, lo que requiere como indispensable — eso es por lo menos — la dignidad de la persona humana.

Diversiones populares

Además, señores, no ha pensado la gente y yo me he fijado en Chile, en que no hay que darle sólo lo justo: además hay que darle al obrero, alegría. El problema de las diversiones populares; porque la falta de diversiones sanas, de interés, de emoción, trae el refugio en la cantina, con sus consecuencias de borrachera y despilfarro. Viene también el cine con la morbosa sacudida de sueños a los que nunca se puede llegar, con el odio y con la envidia... o con la prostitución, para conseguir la realización de lo visto y de lo soñado con los deseos.

Por tanto: no las diversiones del borracho ni del cine. Sino ese juego en que el pueblo participe con emoción, como

el juego que hay en mi tierra, de la "pelota vasca"; juego en que el pueblo vive y el pueblo goza.

¡Desgraciado del pueblo que sea triste; está a un paso del vicio y de la desesperación!

Al pueblo chileno hay que procurarle no solamente bienestar, sino alegría y satisfacción, con las que se encuentre contento; y este problema se soluciona en parte con las diversiones populares.

Sustitutos accidentales del hogar

Y hay que encarar otro problema. El hogar necesita a su tiempo tener sustitutos y por tanto, apóstoles del hogar. **Diigo sustituto accidental, porque el hogar no debe ser legítimamente sustituido para siempre.**

Sustituto accidental del hogar, por un momento; por ejemplo, en el caso de una madre embarazada, que va a dar a luz, hay que ver quién cuida de los chicos, mientras ella está hospitalizada y da a luz. También, si el padre tiene una enfermedad y no puede trabajar, viene el problema de buscar un sustituto para ese hogar desamparado.

Tengo un ejemplo: la fundación Pérez Aranibar en Lima, que tiene muchachitos transitoriamente. Mientras la madre está enferma o mientras el padre no puede mantenerlos, están ellos allí. Sustitutos de hogar, que hay que fundar en Chile si no los tenéis.

Sustituto del hogar, cuando hay que hacerle cambiar de aire al muchachito. **El problema de las colonias escolares.** Sustituto del hogar por algún tiempo, en que el muchachito raquíptico tenga un sanatorio marítimo, no para quedarse ahí, sino para que esté un tiempo y regrèse después sano al hogar.

El salario

Pero para que sea posible la instauración de un hogar obrero cómodo, para eso precisamente, es necesario en primer término el salario familiar. No es salario para el obrero sólo, porque entonces no es familiar. **El salario familiar es el que gana el obrero como jefe de una familia y no para él solamente.**

Además, la participación de las ganancias en la empresa.

Pero para que sea merecedor de ese salario y de esa participación de la ganancia de la empresa, es necesario que sea obrero capaz, que, eficiente en su trabajo, rinda eficazmente en la empresa.

Y para ser así, es necesaria la formación técnica del obrero.—Son necesarios los institutos profesionales, a los que des-

pués de la enseñanza primaria, acudan los futuros obreros, para salir capacitados para colocarse en una empresa.

Vuelvo sobre el salario, él constituye generalmente la única entrada del obrero, o sea, con él, tiene que solucionar todas las necesidades de su vida.

Por eso el obrero tiene derecho a la percepción de salario, necesario a la satisfacción de las necesidades ordinarias. De ellas, por lo menos, el mínimo son las necesidades indispensables a la persona humana que justifican el salario vital. Tales necesidades son:

1) **Alimentación**, no sólo para sostener la vida, sino para tener fuerzas y salud.

2) **Vivienda**: no sólo que cobije como establo, sino que aloje con decencia y bienestar propios del hombre.

3) **Vestido**: no sólo para defenderse de la intemperie, sino para poderse presentar con el decoro debido ante la sociedad.

4) **Diversiones**: las necesarias y convenientes, encuadradas en orden moral que reparan las fuerzas, y dan la alegría que exige la vida del que trabaja y dentro de esto mismo, pequeños gastos diarios: tabaco, tranvías, etc.

5) **Ahorro**: a) previsión de enfermedades; b) previsión de la vejez; porque algún día llegará en que ese obrero no pueda trabajar, y no son sus últimos años para pedir limosna, cuando con su trabajo tenía derecho a una ancianidad de relativo descanso.

Pero dijimos que por salario vital se entiende aquel salario necesario para cubrir el mínimo de necesidades vitales (alimento, habitación, vestido, etc.); ahora bien, como hay días en que el obrero no puede trabajar y no percibe salario, el salario diario, debe superar, aun para ser estrictamente vital, lo que exigen los gastos mínimos necesarios de ese día, para que con el remanente pueda atender a los gastos de los días festivos en que no trabaja y no percibe salario. Hay que tener presente que con salario de 300 días, vive el obrero 365.

Ahora, si concretamos a cuánto debe ascender este salario vital, tenemos que en Chile:

Lo mínimo de alimentación necesaria para un hombre (3,000 calorías) adulto, normal y de trabajo medio ordinaria, costaría actualmente \$ 3.00 diarios.

Lo mínimo de habitación para un hombre soltero, es de \$ 40 mensuales. Digo habitación; no pocilgas; se arriendan por un mínimo de \$ 50 a \$ 60 mensuales, según el barrio, y son una pieza, con piso de tierra, sin luz de ventanas y viven en ellas a veces 5, 6, 11 personas.

Vestido: lo indispensable al hombre, sin contar la ropa de cama, le representa un gasto de \$ 735 anuales.:

Otros gastos, como jabón, lavado de la ropa, tranvías, cuota de alumbrado, suman mínimo \$ 1,17 diarios.

Advierto, que no cuento las justas diversiones, ni el ahorro. Viene el caso de que el gasto mínimo diario del hombre, es de \$ 6,92; y contando que sólo trabaja 300 días, tenemos que debe asignársele un salario mínimo vital, a obrero, soltero, de \$ 8.61, a \$ 9,52, según datos oficiales.

Salario familiar

Pero fuera del salario vital que le corresponde como individuo, el obrero ha de recibir más, porque tiene pleno derecho a formar un hogar y mantenerlo. Es hombre como el mejor multimillonario y nadie, por tanto, puede privarle de ese derecho ni limitárselo.

Por eso, si no se le da un salario suficiente para poder formar la familia, se deshace esta última fuerza. Y de aquí un problema hondo: el concubinato, o la limitación de la natalidad, o la colaboración al hacinamiento de hijos, sin formación moral y anémicos de cuerpo.

Y todo esto, señores, no solamente lo paga el obrero, sino toda la sociedad: o por limitación y disminución de ciudadanos, o por el hacinamiento de enfermos, inservibles, perversos y amorales.

Por tanto:

Salario familiar; de justicia!

Salario familiar: de trascendencia benéfica social.

Salario familiar: necesario para la sustentación decorosa de la familia del obrero.

Concurrencia de la familia

al trabajo del padre

Salario familiar, del cual dice el Vicario de Jesucristo: "En primer lugar hay que darle al obrero el salario suficiente para la sustentación de la familia".

Pero a ese salario del obrero, jefe del hogar, justo es que concorra también la familia. Padre obrero, que estás aquí: ¿tienes muchachito de 19 años y muchachita de 21?... esos deben trabajar.

Sigo leyendo al Vicario de Jesucristo: "Justo es por cierto, que el resto de la familia concorra, según sus fuerzas, al mantenimiento común de todos, como pasa entre las familias, sobre todo de labradores, y aún también entre los artesanos y comerciantes en pequeño".

Pero esto tiene un gran peligro, que la vigilante y paternal mirada de Su Santidad ha observado. Bien que ayude ese, el otro, y el otro de una familia, al padre, pero — sigo leyendo

do al Vicario de Jesucristo: — “pero es un crimen abusar de la edad infantil y de la debilidad de la mujer”.

Hoy, legalmente, el salario infantil cuesta menos que el salario del hombre adulto y como también el salario de la mujer cuesta menos que el del hombre, viene el abuso, en que, empresas que saben que teniendo a mujeres de empleadas, pagan menos, requisan mujeres para su trabajo y, en lugar de ir esa mujer a cuidar de las ollas, y hacer el aseo, va a trabajar, porque, como tampoco admiten en muchas partes más que mujeres, no hay más remedio que vaya la mujer en sustituto del hombre.

No sé si habrá aquí dramas como el que me tocó ver en otro lugar: la mujer haciendo de hombre y el hombre haciendo de mujer.

“Es un crimen abusar de la edad infantil”, dice el Papa. Yo me ocupo de los pobrecitos que andan rondando por las calles: esos que son suplementeros; esos que en Buenos Aires llaman “canillitas” y que les dejé un hogar. Pues bien, no debiera haber suplementeros infantiles; deben ir a la escuela; son inútiles después, no saben trabajar, porque han quedado esterilizados en la edad en que se necesita aprender a trabajar. Pero viene el problema de que si no trabajan ellos, tampoco pueden comer.

Este problema, pues, es de dar ante todo al obrero el salario familiar para que tenga vivienda, hogar; este problema que urge su Santidad diciendo que “ha de ponerse, pues, todo esfuerzo en que los padres de familia reciban una remuneración suficientemente amplia para que puedan atender convenientemente a las necesidades domésticas ordinarias. Si las circunstancias presentes de la vida, no siempre permiten hacerlo así, pide la justicia social que, cuanto antes se introduzcan tales reformas para que a cualquier obrero adulto se le asegure este salario”.

Este mismo problema ha sido tratado recientemente por el Episcopado Chileno en su carta Pastoral sobre el salario justo.

Correspondencia del obrero al salario familiar

He dicho que el problema consiste ante todo en dar al obrero el justo salario familiar para que tenga vivienda, hogar.

Bien, pero no basta. Necesita además correspondencia de parte del obrero. No basta, obrero, que tengas salario familiar, porque si lo gastas en vicio, está deshecho el salario familiar.

Digo salario familiar, porque es para la familia. Para la

familia de hoy y para lo que venga mañana. Obreros, **tenéis derechos os lo dije y os lo repito, pero tenéis también deberes.** Obreros, como a vosotros os gusta que os cumplan estos derechos que vosotros tenéis, os debe parecer justo que otros quieran que cumpláis también con vuestros deberes. Oídme, porque sois buenos. Cuando uno exige derechos y no quiere cumplir deberes, ese es un déspota y un opresor. Cuando quiere que se le cumplan derechos él debe primero cumplir deberes.

Aquí viene el **problema grande; el problema del día: despotismo en rico, ¡nunca!, pero en obrero, ¡tampoco!** Opresión de nadie. Ni que oprima el que está arriba pero que tampoco suba el que está abajo para ponerme el pie en el cuello. **La solución del problema social, es esta: Armonía, correlación de mutuos deberes y derechos.**

Sabéis que en esto está la paz social: cuando todos los derechos del obrero están íntegramente satisfechos y cuando todos los deberes del obrero están íntegramente cumplidos.

Por eso, obreros, **nunca debéis pedir injusticia** y nunca como hoy es más importante para la Empresa y para el bien social que el obrero sea justo, porque si se necesita para que el negocio no se hunda que el patrono no sea negligente y que tenga técnicos buenos, maquinaria moderna, etc., para producir, conforme lo exige la competencia industrial, de idéntica manera, es preciso que el obrero no sea dejado ni falle, pues así va decayendo la Empresa y no rinde lo que debe rendir.

Obreros, no debéis tener odio a la Empresa, sino colaborar con ella. Tenéis derechos, pero también tenéis deberes frente a la misma.

Asociaciones obreras y patronales

Para que estos deberes y derechos se consigan en entera justicia social, la Iglesia incita y estimula a la creación de Asociaciones obreras y a la reconstrucción de las profesiones, por medio de los gremios.

Y aquí tenéis la doctrina del Vicario de Jesucristo. Leo: “por lo que toca a la creación de asociaciones obreras, la Encíclica “Rerum Novarum” observaba muy oportunamente “que deben organizarse y gobernarse las corporaciones, de suerte que proporcionen a cada uno de sus miembros los medios más apropiados y expeditos para alcanzar el fin propuesto. Este fin consiste en que cada uno de los asociados obtenga el mayor aumento posible de los bienes del cuerpo, del espíritu y de la fortuna”.

Sigo leyendo: “y por esto es necesario que existan asociaciones obreras”, y los primeros apóstoles de los obreros, han

de ser los obreros; los apóstoles del mundo industrial y comercial, industriales y comerciantes”.

“La política social, dice la Encíclica, tiene pues, que dedicarse a la reconstrucción de las profesiones. Hasta ahora, en efecto, el estado de la sociedad humana sigue aun violento y por tanto inestable y vacilante, como basado en clases de tendencias diversas, contrarias entre sí y por lo mismo, inclinadas a enemistades y luchas”.

Decidme: en esa fábrica entra el capital que es la empresa; el obrero que es el trabajo y entra una actividad inteligente que es el técnico, el ingeniero. Pues bien, los 3, cada uno en su ramo, deben estar sindicados.

Pero, ¿cómo?

Hay una respuesta oficial de la Iglesia, dada en 1929 por la Sagrada Congregación del Concilio al Obispo de Lille. Dice así: “La Iglesia en el estado actual de las cosas, estima moralmente necesaria la constitución de tal asociación sindical”, de patronos y obreros.

Dice, “moralmente necesaria”. Pregunto, ¿qué se ha hecho en Chile?... ¿Se hará?...

Continúo leyendo: “La Iglesia quisiera que las asociaciones sindicales se establezcan y rijan según los principios de la fe y de la moral cristiana”.

¿Por qué? Porque cuando los patronos se unen sindicalmente fundados en los principios de la fe y de la moral cristianas, se han unido para beneficiar al obrero. Porque **con principios de fe**, están unidos para tener más fuerza y para sacar el rendimiento que deben del obrero. Pero **si se han unido sin fe ni moral**, la unión es detestable; y entonces, como están unidos, pueden estrujar más al obrero. Cuando se unen **con principios de fe y de moral**, los patronos nunca serán temibles para el obrero; porque esos patronos nunca abusarán de la fuerza. Porque el abusar de la fuerza, no es católico. Esos patronos nunca darán jornales de hambre, haciendo pasar al obrero por el aro, en el campo o en la industria, porque el jornal de hambre no es católico.

Y tampoco tiene el patrono que temer que se sindicalicen los obreros. Claro que si es **sindicado el obrero sin fe, sin moral**, entonces es temible, porque el obrero es más robusto y es más numeroso, y con más fuerza, sin fe ni moral, entonces está hundido el patrono y la sociedad. Pero, si el obrero con profesión, se une con fe y en moral, ese obrero nunca exigirá lo injusto como salario porque entonces no es catolicismo; ese obrero nunca entrará en juegos o actuaciones ilícitas, porque eso no es católico; y sólo el no católico no rendirá lo que en conciencia debe rendir, sino que rendirá menos y cobrará salario injusto. Es el caso del tipo del obrero que conocimos en

Madrid, en una fábrica de baldosas; que dejaba caer los ladrillos al suelo, para que se destrozaran y perdiera el patrón.

Si hubiese profesiones unidas; patronos unidos y obreros unidos, sería entonces el bienestar posible que podemos esperar aquí en la tierra; porque el patrono católico, al cumplir, cumpliría todo; y el obrero católico también rendiría lo que debe rendir, a conciencia.

Papel del Estado

Dice el Vicario de Jesucristo: "A los poseedores del poder del Estado incumbe ante todas las cosas, penetrarse de esta verdad: que para conjurar el peligro del Comunismo, que amenaza a la sociedad no bastan — que tengan esto bien medido, — no bastan las leyes humanas ni la represión, de los jueces ni las armas de los soldados". Y es claro que cuando tienen más fuerza que la multitud, ellos ametrallan; pero cuando la multitud tiene más fuerza, son ineficaces las ametralladoras de los soldados: hacen saltar con dinamita.

Hay un problema que expone valientemente Su Santidad. Leo: "o que sobre todo importa, lo indispensable, es dejar libertad, a la Iglesia de resucitar en las almas los preceptos divinos, extender a todas las clases su saludable influencia; es proteger con reglamentos y providencias equitativas y prudentes a los menores de edad, la flaqueza de la mujer y su destino enteramente doméstico; el derecho y el deber del descanso en el Domingo, para favorecer de este modo la pureza de las costumbres y los hábitos de una vida concertada y cristiana, tanto en la familia como en los individuos. Así lo pide el bien público, no menos que la justicia y el derecho natural".

Estaba hablando en Mieres después de la Revolución de 1934 y antes de la revolución de 1936, a 8,000 comunistas. Allí el obrero gana 28 pesetas diarias, que en vuestra moneda son \$ 90 pesos más o menos. Pero, aunque este obrero ganaba, no se le quitaba la idea de cuanto no ganaba, y por eso ametrallaba.

Creo que todavía en Chile, estamos a tiempo, si se cumple la justicia social; porque cuando viene la revolución y están con rabia por dentro esos obreros, aunque les pagues en oro, te escupen a la cara. La cuestión es de que hay algo que tienen por dentro, que no quiere justicia, que quiere sólo pisotear, que quiere ver que se retuerzan bajo sus pies. No deseo a ningún pueblo como ideal el que uno pisotee y el otro esté debajo retorciéndose.

En cierta región hay obreros que tienen un salario familiar espléndido, casa higiénica, buena comida, espléndida luz gratuita, agua corriente gratuita, campos de deportes, esplén-

didados hospitales y a pesar de eso, por dentro no están contentos. ¿Qué falta?: Hay que darles esto, pero no sólo esto. Bien dijo Jesús: "No sólo de pan vive el hombre, no sólo de pan... sino de toda palabra que viene de Dios", de la Fe.

Un problema: pan. Pero no el pan que se le echa como una limosnita. El que es de entera justicia, que es suyo. Entregarle lo que merece.

Recibí un consuelo enorme al pretender hablar de estas materias, hace tiempo. Leo y me emociona. Hermanos míos en religión; los primeros que vinieron a Chile. ¿Sabes en qué año, obrero? Si yo lo desconocía no es raro que tú tampoco lo ignores, en el año 1608. En 1608, el Provincial de los Jesuítas en España, vino a Santiago, el 28 de Abril de 1608. Salieron los primeros por la reivindicación de los derechos de los obreros: 1) Aboliendo el servicio personal, que, aunque lo concedieran las leyes de entonces, "no lo pudiéramos usar". — 2) Señalando el salario familiar ya en esa fecha. Urgiendo que a los trabajadores se les debe dar el salario por su trabajo "que debe ser, por lo menos, suficiente para sustentarse él y su mujer, y ahorrar algo para cuando no puedan trabajar".

La conducta y la doctrina de los Padres de la Compañía desencadenó las injurias y los ataques de quienes tenían interés vital en no desprenderse de las ganancias que obtenían con la esclavitud y la mezquindad o nulidad del salario a sus obreros.

Los Jesuítas cumplieron su deber y no cedieron. Escribe un historiador, relatando aquella época: "Las personas concienzudas y sensatas de todos los siglos apreciarán igualmente la intrepidez y constancia del inerme jesuíta que, con la balanza de la justicia en una mano y el Evangelio en la otra, se presentó ante los poderosos de la tierra y les dijo: "No os es justo oprimir al débil indio; la Religión que profesáis os lo prohíbe; si, arrastrados del propio interés material, pasáis sobre él, un infierno será eternamente vuestra suerte".

Desgraciadamente, en muchos pudo más la codicia, que la justicia, el lucro, que el Evangelio.

Así pues de idéntica manera que hoy yo, en 1608, el hermano mío jesuíta, habló. A él no se le oyó. Tristísimo sería que yo os hablase muy bonito, con las enseñanzas de la Iglesia (las mismas de entonces), pero que tampoco las cumplirais.

Señores, el problema es viejo, porque es de entonces; ellos tuvieron tiempo de remediarlo (y no sufriríamos hoy las consecuencias), tal como hoy, vosotros; sin embargo, vinieron las críticas y las amenazas: **¿Qué extraño que ahora sea igual, a distancia de cuatro siglos!**

Decía que sin principios religiosos y no puedes esperar que el obrero se contente con eso; va hasta acogotarte por

conseguir más. Sin principios religiosos no esperes que el patrono ceda de lo que tiene interés enorme en no darte.

Si a mi chofer le digo: "yo le voy a dar pesos más al mes; le contesta irónico: Señorito, está Ud. equivocado. Yo quiero, señorito, que Ud. pase a ser mi chofer y yo seré el patrón. Este es el problema.

—¿Padre? — ¿Qué? Con las leyes del Estado puede ser que el patrono cumpla con las leyes de justicia. Sí, puede ser, pero... y el conventillo con los 5 en una cama y con los 60 que duermen en una florería de la Alameda? No. Preciso es ser sinceros. **Leyes.** Está bien. Al Estado toca vigilar por el bien común. Dice S. S. León XIII: "Exige, pues, la equidad que la autoridad pública tenga cuidado del proletariado, haciendo que le toque algo, de lo que aporte él a la pública utilidad, que con casa en que morar, vestido con qué cubrirse y protección con qué defenderse de quien atente contra su bien pueda con menos dificultad soportar la vida. Y el Estado tiene que legislar sobre justicia social, (no en injusticia social, como quieren muchos). Injusticia, no, pero justicia, sí. Justicia social que de haberse cumplido, no sería necesaria la intervención del Estado, pues su papel es de salvaguardar los derechos no cumplidos. Hay más: el Estado es el azote de que se sirve Dios para castigar a los pueblos que no han querido cumplir la obligación, porque entonces, tienen que cumplirla a la fuerza.

Ese es el Estado, en que muchas veces sobrepasa lo justo y viene Su Santidad y clama: es un pecado, un abuso del Estado en que carga y sobrecarga con impuestos y no se puede seguir adelante y no se puede producir más para pagarle al obrero, porque las entradas las consumen las cargas.

Conozco este sistema que voy a explicar; no es de España ni es de aquí. Existe un sistema para proteger a los obreros en que se pasa una cuota a patronos y obreros y se paga la cuota. Y para fiscalizar y distribuir la cuota, se ha creado un cuerpo de empleados, que para mantenerlo, no basta con lo que da la cuota.

Viene el problema que hay que afrontarlo. (Como me estáis viendo, yo juego con las cartas abiertas). Porque lo mismo me da que me quiten la bolsa o, me quiten el dinero con un recibo, porque lo tengo que dar de todas maneras.

Deberes del patrono con el obrero. Que cumpla íntegramente, sin preferencias, sin decir que en Chile... que el Papa... **A lo Católico.** O con el Papa o contra el Papa.

Pero obrero, — termino con ésto, — no creas que la miel es sólo para ti. Tú también tiene deberes que cumplir. Dos hombres que se encuentran: tiene el uno deberes, los cumple; tiene el otro deberes, los cumple. ¿Qué estrechón de manos se podrían dar un patrono y un obrero que tienen derechos y se le cumplen y tienen deberes y los cumplen!

Doctor Roberto Barahona
Profesor de Biología de la
Universidad Católica

El Determinismo en Biología

I.—Físico—Química y Biología

Quien siga con mirada escrutadora la marcha del pensamiento científico en el mundo, juzgará quizás poco útil examinar en nuestros días el problema del determinismo biológico. Sin embargo, quien, además de conocer el estado actual de la Ciencia experimental y de su doctrina, haya frecuentado la literatura que informa las mentes de los hombres en Chile, muy especialmente las de los que han dedicado su vida a la enseñanza, se extrañará al comprobar el divorcio que presentan el pensamiento científico europeo y el chileno; todo lo cual hará estimar acertado discutir entre nosotros, algo que en países de mayor cultura y de mayor civilización está fuera de dudas.

La Biología moderna atraviesa (mejor dicho, atravesó, pues presenciamos en la actualidad síntomas de una crisis vencida) por un período de graves perturbaciones internas. Todo el auge experimentado por las Ciencias de la Naturaleza, gracias al impulso revolucionario del darwinismo y de la investigación fisiológica, llevaron a formular teorías cuya consolidación en doctrinas ha presidido orgullosamente los dos primeros decenios del siglo. Repentinamente, sin que signos apreciables permitieran predecirlo, los grandes maestros de la Biología General han advertido que la Ciencia se encuentra mal encaminada. De la enorme montaña de hechos observados y de resultados experimentales han salido una serie de disciplinas científicas, como Biología celular, Embriología experimental, Genética, Fisiología, Bioquímica, que constituyen, analizadas en sus fundamentos últimos, mutuas negaciones. Eugenio Rignano ha hecho notar con razón que, mientras el fisiólogo es generalmente mecanicista, el embriólogo se muestra casi siempre vitalista; y Bertalanffy sostiene que tales actitudes no dependen únicamente de los investigadores, sino son la expresión de la diversa doctrina animadora de la Fisiología y de la Embriología. Otro tanto podríamos decir de la

Evolución y de la Genética, tan emparentadas por los comentaristas, tan hondamente divergentes y antagónicas en la realidad.

Esta circunstancia ha obligado a examinar una vez más las bases teóricas de la Biología General y, como fruto de tal revisión, se ha mostrado insuficiente el principio mecanicista sobre el cual había descansado tranquila toda la labor experimental de los últimos ochenta años. Más aun, se ha advertido sólo recientemente que casi todo el edificio de la Biología darwiniana reposaba sobre fundamentos opuestos a los postulados que le habían dado origen. He aquí un fenómeno sorprendente, explicable únicamente por los dogmatismos a priori que dirigieron el pensamiento de los biólogos del siglo pasado. El darwinismo, por ejemplo, trató de eliminar de las Ciencias Naturales el concepto de finalidad, que implicaba una relación más o menos vaga con entidades supranaturales; con este objeto ideó la selección y creó sobre esta noción toda una doctrina de la vida, de sus orígenes y de su porvenir. Pero no advirtió que en el concepto de la selección está incluida una teleología manifiesta, sin la cual queda reducida a un mero juego de palabras. Otro caso, el de la Fisiología experimental moderna, es igualmente demostrativo. Nacida a raíz de la obra notable de Claude Bernard, esta rama de la Biología alcanzó su mayor auge gracias al empuje que le dió el investigador norteamericano Jacques Loeb, verdadero teórico de la doctrina físico-química de la vida; desde entonces, la Fisiología, que aparece como el tipo de la ciencia biológica mecanicista, considera al organismo vivo como una máquina y parece tener por tema central de su investigación el averiguar los resortes y engranajes físico-químicos que pone en juego. Este concepto de la máquina orgánica ha sido esgrimido frecuentemente contra aquellos que, con más prejuicios que razones, aceptan en lo vivo factores supramateriales. Pero — fenómeno extraordinario — el concepto de la máquina, cimiento de la biología mecanicista, ha resultado también, al ser analizado con calma y serenidad, un concepto teleológico. En efecto, la finalidad aparece con evidencia notoria en cualquiera de las máquinas de nuestra época industrial. Nadie que tenga el entendimiento sano pretenderá negarla; todo en un motor de automóvil está dispuesto con un fin predeterminado; todo se encuentra ordenado según un plan preconcebido y orientado "para que" funcione de una manera dada. Y esto es finalidad pura y simple.

Podríamos en este sentido multiplicar los ejemplos. Más importante es, sin embargo, analizar los postulados sobre los que descansa todo el edificio del determinismo biológico, por cuanto nos permite comprender la verdadera posición que deberá adoptar ante la vida el hombre de ciencia moderno.

El primer punto que se ofrece a nuestro estudio es el que se refiere a la importancia de los fenómenos físico-químicos en el acontecer vital.

Los mecanicistas sostienen que en los organismos sólo existen componentes materiales y fuerzas físico-químicas y con tales elementos construyen una Biología dependiente de la Física. Este concepto, fundamental para el problema que consideramos, merece discutirse con mayor detención.

¿Cómo pueden ser caracterizados los seres vivos?

Es indudable que existen dos caminos: o investigamos la composición material de ellos o analizamos los procesos característicos que desarrollan. Habrá que buscar una sustancia viva específica o encontrar un proceso típicamente vital. *Tertia non datur.*

Ahora bien ¿existe una "sustancia viva"?

Los biólogos han considerado como tal al protoplasma, materia integrante de la célula, unidad de todos los seres animales y vegetales. Sin embargo, se presentan dificultades para aceptar sin discusión este concepto, repetido quizás muchas veces sin pensar su alcance. El protoplasma no es, propiamente hablando, una sustancia en el sentido químico de la palabra; es una mezcla de sustancias, cuya composición exacta se ignora en gran parte. Además, el protoplasma se caracteriza por su constante transformación; la vida se realiza gracias a este incesante modificarse del protoplasma, de tal modo, que se ha dicho con justicia que el protoplasma no es nunca igual a sí mismo. Existen por otra parte, serias razones para pensar que no es posible caracterizar químicamente a los organismos vivos. El análisis del protoplasma que realizan los químicos no es tal; sólo se efectúa sobre materiales que representan la destrucción del mismo. Cada vez que pretendemos estudiar las sustancias "vivas" de la célula, comenzamos por privarlas de la vida. Es así que la llamada Química biológica ha sido denominada con propiedad Química necrológica. A esta dificultad, hay que agregar otra de orden sistemático. La materia característica de los organismos vivos comprende, además del protoplasma, cierta categoría de sustancias integrantes de los tendones, huesos, piel, etc., que reciben el nombre genérico de metoplasma. Dicho metoplasma es con seguridad no vivo, pero se encuentra únicamente en los seres vivientes y constituye en ellos parte importante de su organización. Resulta entonces, como magistralmente critica Karl Sapper, que "al buscar una característica material del ser vivo nos encontramos frente a una disyuntiva: o limitamos arbitrariamente el concepto de sustancia viva a ciertas partes del organismo (protoplasmas), debiendo ignorar en consecuencia otras sustancias absolutamente necesarias y características de los seres vivos; o incluimos en el concepto

de sustancia viva todas las materias características de aquellos, en cuyo caso caemos en la contradicción de computar como sustancias "vivas" a sustancias "muertas".

Dada la imposibilidad de encontrar un carácter material, nos quedaría la segunda vía para caracterizar los seres vivos: el camino funcional. Ahora bien ¿existen en el organismo procesos característicos? Fuera de la adaptación, exteriorizada por una facultad maravillosa de autoregulación, los procesos vitales estudiados por los fisiólogos son sospechosos todos de imitar fenómenos inanimados: tal el crecimiento, que halla su homólogo en los cristales; tal el movimiento, el calor, la luz, las transformaciones de la energía, hasta la reproducción si se desea apurar las cosas. En cuanto a la adaptación, desmenuzada en sus mecanismos y estudiada sólo en relación consigo misma, como lo hace el biólogo moderno, ofrece simplemente hechos en absoluto no característicos.

Esta segunda vía que se nos cierra parece colocarnos en una situación difícil y así ha ocurrido con los investigadores de los últimos ochenta años. No han sabido mirar en la Naturaleza lo que se presentaba a los ojos del menos atento; una falsa orientación, provocada talvez por otra errónea orientación de sus adversarios, los hizo pasar frente a la realidad objetiva sin siquiera advertirla. Los enemigos de la Metafísica, los que la condenaron por no ser Ciencia de observación concreta y tangible, no supieron ver lo que habían visto todos los hombres.

Hay, en efecto, un hecho realmente característico de la vida. Este hecho es la forma. "El carácter más saliente de todo ser vivo (anota un biólogo contemporáneo), es la forma definida y limitada frente al mundo circundante". El fenómeno "vida" se presenta exclusivamente bajo forma de organismos. Hasta donde alcanza nuestra experiencia, no hay sustancia viva alguna, sino tan sólo seres vivos, organismos; la destrucción de la forma orgánica trae aparejada la de la vida. "Es un hecho de observación elemental — escribe Bertalanffy en su *Kritische Theorie der Formbildung* — que la vida sólo se presenta en la Naturaleza bajo formas individuales y que los cuerpos, revestidos de tales formas, se esfuerzan en lo posible por conservarlas. Este hecho elementalísimo, cuya trascendencia para la Biología apenas ha sido reconocida, marca un límite que no pueden traspasar las explicaciones puramente físico-químicas de los fenómenos vitales. La vida no es sólo un problema físico-químico, sino también un problema de formas, que no puede ser resuelto con los conceptos de la físico-química".

Los diversos procesos que se han considerado por los autores como característicos de la vida, metabolismo, crecimiento, excitabilidad, etc., adquieren valor sólo cuando se refie-

ren a la forma orgánica. Unos u otros procesos vitales cuentan con numerosas analogías en el mundo inanimado; pero sólo la orientación teleológica de ellos hacia la producción y mantención de la forma viva es lo que les confiere el carácter de “procesos vitales característicos”.

Las consideraciones precedentes nos demuestran que no es posible fijar la posición del fenómeno vital atendiendo a caracteres físico-químicos. Hemos llegado a valorar de este modo el concepto de “forma”, el cual se nos aparece como noción en la que se engloba la idea de “todo” o de “conjunto unitario”, ideas abandonadas por los naturalistas y biólogos de la época darwiniana y reemplazadas por los conceptos puramente celulares y atomistas. Con el ingreso de la idea de forma, la Biología nueva ofrece una nota altamente revolucionaria, que abre campos inmensos a la creación de síntesis fecundas — la Biotipología y la Caracteriología son sus consecuencias humanas — y que significa además, como toda revolución auténtica y llena de contenido positivo, un enlace con la Biología clásica aristotélica. Hay en esta afirmación, cuyo enunciado hemos meditado largamente, una especie de contradicción o quizás una de esas paradojas de las que tan pródiga se muestra nuestra época. La Ciencia Natural darwiniana, casi toda la labor del siglo pasado, fué de índole morfológica: hijas suyas son la Anatomía Descriptiva y Comparada, la Histología, la Embriología, la Paleontología; sin embargo, ha sido la nueva orientación de la ciencia experimental, de tipo fisiológico y físico-químico, la que ha dado sentido y relieve a la forma; sólo hoy sabemos interpretar la forma, pues hemos vencido la etapa, quizás necesaria, de desmenuzamiento y desintegración que predominó en los albores de la investigación experimental.

Al hablar de forma, debemos dejar claramente establecido qué entendemos por tal. No puede discutirse que en el reino mineral existen cuerpos dotados de forma propia y constante; pero no es éste el carácter que interesa a nuestro objeto. Lo especialmente peculiar en los seres vivos es la posesión de una forma o estructura específica, creada activamente por el mismo ser a expensas de un medio ambiente inespecífico. El caso de la amiba, primitivo Protozoo microscópico, es altamente instructivo. Dicho organismo carece de forma en el sentido habitual de la palabra. Al observador, se presenta como una masa gelatinosa pequeñísima, dotada de movimientos irregulares, que la hacen cambiar constantemente de aspecto: a veces se muestra redondeada, otras con apariencia estrellada y más a menudo sin forma precisa. A pesar de

esto, los Protozoólogos describen numerosas especies de amibas, que distinguen por su "forma"; es decir, dentro de esta irregularidad, puede demostrarse una cierta constancia, que es típica y hereditaria. Pero lo que confiere a la amiba su carácter estructural es su participación activa en su propia construcción. Un cristal, cuerpo químico del mundo inanimado, posee una forma característica, que repite siempre la sustancia cuando entra en el llamado estado cristalino; sin embargo, el cristal, sumergido en un exceso de agua madre, no crece sino se disuelve. Todo lo contrario ocurre con la amiba; ella es capaz de extraer del medio inanimado en que vive su propia sustancia, la que va elaborando y ordenando hasta lograr la producción de protoplasma idéntico al que la constituye.

Forma definida y delimitada frente al medio; he ahí la nota distintiva de los seres vivientes.

Surge de estas consideraciones una pregunta. ¿Qué representan, entonces, las investigaciones de la Fisiología experimental y de la Bioquímica, cuyo progreso ha alcanzado en los últimos veinte años un grado del todo inesperado? ¿Debemos desestimarlos, ya que ellos se realizan con técnicas y métodos de orden puramente físicos, químicos o físico-químicos?

Hay en estas preguntas un hondo problema de vastas proyecciones. Todo el armazón de nuestra Ciencia experimental biológica moderna es de un orden limitado; sus resultados son también, lógicamente, limitados. Sin embargo, con ellos se ha construido la Biología General del siglo XX. En este trabajo de elaboración teórica, ha habido una porción de autores que ha utilizado con exclusividad el material experimental; otro grupo, menos importante, ha advertido que una doctrina de tal cuño merecía reservas de consideración y, junto con seguir por el mismo camino de los primeros, se limitaron a hacer notar la posible existencia de factores vagos que bautizaron con diversos nombres: entelequia, psiquis, quid, dominante. Esta disputa entre mecanicistas y vitalistas, que ha durado ya demasiados años, no debería subsistir en nuestros días. Sólo se explica su continuación por un grave defecto de formación metodológica, que ha llevado a discutir problemas de diverso orden con argumentos inadecuados. Si, en efecto, planteamos las cosas en su verdadero terreno, nos aparecerá el campo de la investigación experimental libre de asperezas dialécticas y el territorio de la especulación científica teórica se nos presentará sin las pequeñas limitaciones de los mecanicistas.

Tratemos, en consecuencia, de averiguar hasta qué punto los procedimientos de la Física, de la Química y de la Físico-química son útiles para investigar los fenómenos vitales.

En un examen superficial, todo hace suponer que las téc-

nicas de la Naturaleza inanimada son perfectamente adecuados a la exploración de la vida. Esta se desarrolla en un substrato material. Bajo nuestros ojos, una amiba toma productos orgánicos o inorgánicos del caldo de cultivo y los elabora, transformándolos en protoplasma, es decir, en sustancia "viva". Durante este proceso, podemos medir las transformaciones de materia y de energía y encontraremos constantemente un fiel cumplimiento de las leyes formuladas para procesos inanimados. De aquí, ha derivado la tendencia a creer que sólo es científico lo que se estudia mediante tales métodos; y de esto mismo nace el error de creer que fuera de tal conocimiento no existe otra realidad. La Biología es así Física.

Los procedimientos físico-químicos se distinguen por dos características fundamentales, cuyo conocimiento y análisis colocan al hombre de ciencia moderno al abrigo de toda confusión metodológica y de todo error de generalización.

En toda ley física, química o físico-química, se revela la tendencia a expresarse en "fórmulas genéricamente aplicables a todos los hechos naturales semejantes con prescindencia de lo característico de cada caso". Así vemos que en las grandes leyes de la Física no interviene para nada la forma y magnitud absoluta de los productos de la Naturaleza inorgánica. La ley de la gravitación universal, por ejemplo, se aplica a todos los cuerpos, sin atender a lo particular de cada uno; vǎle igualmente para las piedras, los planetas o las formas orgánicas.

En segundo lugar, las leyes de la Física, de la Química o de la Físico-química se refieren separadamente a los fenómenos sobre los cuales se formulan. Cuando se aplica la ley de la gravitación a un cuerpo determinado, se hace sin prestar atención a su temperatura, ni a su dureza, ni a sus propiedades ópticas, etc... En una palabra los demás fenómenos no se encuentran vinculados al que constituye materia de la ley.

Las dos características anotadas, cuyo valor ha hecho descollar Sapper, nos demuestran que la metodología físico-química es por su propia naturaleza insuficiente para captar toda la realidad de los seres vivos. Basta para llegar a dicha conclusión meditar una vez más sobre la característica que hemos establecido para ellos: forma definida y delimitada frente al medio. Si las leyes del mundo inorgánico se formulan haciendo abstracción de las dimensiones absolutas de los seres tratados y con independencia de la forma de los mismos, resulta evidente que un método tal no puede aprehender la esencia de un organismo viviente.

La forma de los seres animados se crea y se mantiene gracias a una íntima y permanente correlación de las partes en orden al todo. Esta correlación se realiza a través de las fibras nerviosas y de los vasos sanguíneos, por los cuales cir-

culan impulsos de naturaleza poco conocida y sustancias, denominadas hormonas y vitaminas, que la Bioquímica ha empezado a descubrir recientemente. Tales mecanismos explican sólo la manera en que se efectúa la coordinación; pero son insuficientes para explicar la correlación misma, que lleva envuelta la idea de todo, de unidad y de finalidad. Todos los procesos que ocurren en un organismo vivo se presentan en estrecha dependencia con la forma orgánica total, a la que conservan y adaptan a las contingencias externas. El crecimiento, por ejemplo, nos ilustra al respecto. Un montón de ladrillos puede aumentar de dimensiones indefinidamente; un organismo, en cambio, aumenta de tamaño sólo dentro de ciertos límites establecidos por la herencia; más allá de ellos, aunque le administremos un exceso de material nutritivo, el crecimiento se detiene.

Podemos concluir estas consideraciones con la célebre frase de Schaxel: "El chorro de agua de forma constante a pesar del cambio material, la imagen de la vida como una llama, las células artificiales y las analogías con los cristales son ejemplos analógicos que generalmente se fundan sólo en imitaciones físicas de fenómenos parciales de la vida. Explican y explicarán cada vez mejor cómo intervienen la Física y la Química en lo vivo; pero no servirán para establecer una teoría de la vida misma".

«EL IMPARCIAL»

DIARIO DE LA TARDE

Las mejores informaciones.

No explota la crónica roja.

Departamento de Propaganda en San Diego 67

Mi entrevista con el General Franco

Por Maximiliano Errázuriz

El Senador Don Maximiano Errázuriz, que después de visitar exóticos y lejanos países del Oriente asiático en cumplimiento de una misión comercial de nuestro Gobierno, atravesó la Rusia Soviética para desembocar en el Occidente europeo, nos ha enviado para su publicación las páginas de sus memorias de viaje relativas a su estancia en la España nacionalista y a la conferencia que tuvo oportunidad de sostener con el caudillo de la revolución, General Francisco Franco.

Al reproducir en sus columnas las impresiones del distinguido viajero, cree "Estudios" proporcionar a sus lectores un testimonio interesante de lo que hoy ocurre en la Madre Patria.— (N. de la R.).

A fines de Junio pasado, encontrándome en Roma, supe que había llegado como representante del General Franco ante la Santa Sede mi antiguo amigo Pablo Churrucá, Marqués de Aycinena. Fuí a verle y le manifesté que tenía deseos de dirigirme a España a estrechar la mano del General Franco antes de embarcarme de regreso para América. Le pregunté si creía posible una audiencia en Salamanca. Se demostró muy complacido con mi iniciativa y me dijo que consultaría el punto a España y me comunicaría la respuesta a París.

Había ya atravesado toda Europa para llegar a Italia desde Rusia; volví a atravesar el Continente, estuve en las diversas ciudades de Escandinavia; navegué en el Océano Ártico a la busca del sol de media noche y, después de recorrer Alemania y los Países Bajos, llegué a París donde encontré respuesta de mi amigo. Me comunicaba que Sangróniz, jefe del Gabinete Diplomático de Franco, o sea su Ministro de Relaciones Exteriores, había contestado que tendría mucho placer con mi visita, pero desgraciadamente no le parecía posible fijar fecha precisa para la audiencia. La razón era ob-

via, dadas las continuas visitas al frente del Generalísimo. El Marqués de Aycinena me recomendaba correr el riesgo e ir a Salamanca. No necesitaba yo ese consejo porque ya había decidido hacerlo así.

La dificultad estaba en que no podía salir de París antes del 30 de Julio y el 4 de Agosto tenía que estar de regreso en Cherburgo para embarcarme en el "Queen Mary" con destino a Nueva York. Era un viaje de tres mil kilómetros en ferrocarril, ya que Salamanca está en la frontera de Portugal y nadie en París, ni siquiera entre los nacionalistas, me podía informar si había tren desde la frontera francesa hasta dicha ciudad. El tráfico entre Francia y España está totalmente interrumpido; no se venden pesetas en París ni se otorgan facilidades de ninguna especie para cruzar la frontera. Todos estos inconvenientes, sumados a la extrema penuria del tiempo, hacían más arriesgado el viaje.

Me dirigí al señor Quiñones de León, representante extra-oficial de Franco, después de haber sido largos años Embajador de Alfonso XIII en París. Aloja en el Hotel Meurice. Le manifesté que había tomado para el 30 de Julio asiento en el tren de lujo llamado Sud-Express que vá de París a Hendaya, y le pedí que arreglara con las autoridades del pueblo fronterizo de Irún que estuviesen en Hendaya para facilitar mi paso a España. El pueblo francés de Hendaya y la ciudad española de Irún están separados sólo por un río muy angosto, el Bidasoa. En la mañana del 30 de Julio el señor Quiñones de León me hizo saber que él y el Conde de Los Andes, representante de Franco en el sur de Francia, habían dispuesto todo en la mejor forma posible y me pedía que me bajase a treinta kilómetros de la frontera, en Biarritz, donde me estarían esperando las personas que me harían pasar a España.

El 30 de Julio, a medio día, salió el Sud-Express en dirección al sur. Es uno de los trenes más veloces del mundo. Demoró sólo siete horas en recorrer los primeros setecientos kilómetros. Ya habíamos dejado muy atrás la ciudad de Burdeos cuando se descargó un temporal espantoso de lluvia y relámpagos que interrumpió la corriente eléctrica y dejó nuestra locomotora en pana. Puesto que llevaba el tiempo contando me causó cierta nerviosidad el atraso. Reanudamos después la marcha a velocidad muy reducida y por último se incendió la máquina. Bajo una lluvia torrencial nos trasladamos a un auto-rail o carro-motor y por fin llegamos a Biarritz con tres horas y media de atraso. Me esperaban en la estación, bastante agotados por la larga espera, algunos funcionarios consulares chilenos. Se encontraba también ahí un representante de Franco, el señor Corcho, quién me presentó excusas de las demás personas que habían acudido a la esta-

ción y se habían ido ya, desesperando de que el tren llegase esa noche. Me dijo que había venido personalmente el mayor Julián Troncoso, comandante militar de Irún, para hacerme pasar la frontera en su automóvil y que se había ido cuando, transcurrida ya hora y media, había visto imposible que yo alcanzase, al otro lado, el tren de esa misma noche. El señor Corcho me recomendó que alojase esa noche en Biarritz a fin de seguir a España a la mañana siguiente. Urgencia no había, me dijo, porque ya no tendría tren en San Sebastián para Salamanca sino veinticuatro horas más tarde.

Temprano, al día siguiente, me llevaron a la magnífica Villa "La Grande Frégate", al lado del Hotel Mira Mar y a orillas del golfo, donde estaban instaladas las oficinas de los nacionalistas. Me he encariñado muy especialmente con el local y con las personas con quienes estuve esa mañana, por eso me duele muchísimo que gentes tan cariñosas y hospitalarias hayan sido pocos días después expulsadas del territorio francés y haya sido allanada y clausurada la Villa en la que estuve ese día.

En ausencia del Conde de Los Andes, el que lo reemplazaba como jefe, don Federico Bertrán, quiso ser él mismo, en compañía del señor Corcho, quien me llevase en su auto hasta San Sebastián. Salimos a las once de la mañana, por uno de los caminos más hermosos del mundo, en medio de campos recién lavados por la lluvia y en que pueblecitos, grandes hoteles y residencias veraniegas formaban manchas alegres en medio de cerros cubiertos de vegetación y frente a un mar que resplandecía bajo un cielo azul. Yo probaba cierta emoción a la idea de acercarme a un país en que se libraba una lucha tan desesperada de hermano contra hermano y sobre el cual estaba concentrada la atención del mundo entero. Pasamos San Juan de Luz, atravesamos Hendaya, y luego nuestro automóvil se detuvo en la barrera colocada por la gendarmería francesa a la entrada del puente sobre el Bidasoa. Ahí terminaba Francia. Ese era el puente, famoso aunque pequeño, a cuya entrada, del otro lado, los comunistas habían opuesto una suprema resistencia, en la defensa de Irún y a lo largo del cual habían sido implacablemente ametrallados mientras huían a Francia.

Cumplidas las formalidades, cruzamos el angosto puente y entramos a España. No sin emoción pasé frente a los primeros guardias civiles. Mis amigos Bertrán y Corcho me hicieron despachar en dos minutos por las autoridades de policía y aduana y nos dirigimos a la comandancia militar de Irún a saludar al mayor Troncoso y a agradecerle su amabilidad del día anterior. Un grupo de falangistas de camiseta azul hacía guardia frente a la Comandancia y la vista de ese uni-

forme, nuevo para mí, fué el primer contacto que tuve con la España en guerra.

Pedí ver las ruinas de Irún; en realidad no era necesario buscarlas porque la mayor parte de la ciudad yace todavía en el suelo, por obra de los comunistas y anarquistas que volaron los edificios antes de abandonarlos. Seguimos en auto por el precioso camino cuyo excelente estado de conservación me llamó mucho la atención. Al ver tanto cerro verde cubierto de bosques me imaginé lo dura que debió ser la lucha por la conquista de San Sebastián y de Bilbao y había de ser la que se anunciaba inminente, la de Santander. El simpático pueblecito de Pasajes, acurrucado en el fondo de una tranquila bahía, no revelaba señas aparentes de las trágicas conquistas y reconquistas de que había sido objeto algunos meses atrás. Tampoco las revelaba San Sebastián a donde llegamos poco después.

Me hizo una impresión enorme la alegría que reinaba en dicha ciudad. Nadie hubiese dicho, a no ser por la abundancia de uniformes, que ahí se estaba en guerra. Se notaba gran movimiento y contento en las calles y las banderas rojo y gualda que flameaban en todas partes recalcaban la impresión de fiesta. Las tiendas se veían surtidas hasta con mercaderías de lujo. Todas las mesitas de los cafés se veían ocupadas. Los numerosos retratos del General Franco colocados en todas partes y la abundancia, desgraciadamente inusitada, de personas en traje de luto, hacían volver a la realidad respecto al momento histórico en que vivíamos, ya que la absoluta normalidad inducía a olvidar las tragedias recientes de la localidad y las que se desarrollaban actualmente a pocos kilómetros de distancia.

La efigie de Stalin multiplicada al infinito por un pueblo resignado y presa del terror como el ruso, tiene aspecto de servilismo. Otra es la impresión que causa el ver a un pueblo altanero y viril como el español demostrar en toda forma su entusiasmo por el jefe.

Mis bondadosos compañeros me dejaron instalados en el Hotel "María Cristina" y se regresaron a Francia. El hotel era antiguamente uno de los más suntuosos de España. Temía yo encontrarlo destrozado porque ahí se habían librado combates sangrientos las dos o tres veces que San Sebastián había cambiado de manos. Nada de eso; los destrozos, si los hubo, estaban reparados y el Hotel más elegante y acogedor que nunca. Ahí almorcé y comí ese día y se me sirvió un menú tan bueno como el del mejor hotel francés, pero doble, más abundante y la mitad más barato.

La mantequilla es un artículo de lujo que siempre me ha servido de barómetro para medir el estado de bienestar de un país. Me sorprendió ver que en San Sebastián la servían

en medida tan copiosa como en los países escandinavos que son el record en la materia. Creo que pocos hechos demuestran en forma más evidente el contraste que se deriva de un Gobierno socialista o de un Gobierno de derecha. Rusia es un país que la naturaleza ha dotado de todo orden de bienes agrícolas y mineros en profusión y sin embargo la comida es escasa, el pueblo está desgraciado y los precios andan por las nubes. Ese es el fruto del comunismo. En la España nacionalista donde parecería que, por efecto de una guerra espantosa y del esfuerzo bélico de la población, debieran estar semi-paralizadas las fuentes de producción, todo parece marchar a las mil maravillas, hay abundancia de todo y la gente se ve muy satisfecha. He oído por personas que han residido últimamente en Sevilla que nunca la ciudad ha estado más alegre y agradable; ese es el fruto del orden, derivado de un gobierno de derechas.

Esa tarde fué preciosa y, no siendo calurosa, aproveché para visitar la ciudad. Era el día de la fiesta de San Ignacio de Loyola, patrón de Guipúzcoa y las hermosas iglesias de la ciudad estaban repletas de fieles. Un fervor religioso inmenso anima a la España nacionalista.

No ví rastros de destrucción en ninguna parte y la animación y el bullicio de las calles confirmaron mi primera impresión favorable de la mañana. Divisé en cierto punto céntrico de la ciudad a una gran multitud de jóvenes que esperaban frente a una reja. Averigüé lo que allí ocurría y se me dijo que era oficina de reclutamiento de voluntarios. Franco ha llamado al servicio militar sólo a las clases de 1931 a 1937. Los hombres de más edad pueden ir a la guerra como voluntarios si lo desean y parece que acuden con gran entusiasmo. Parte de ellos llevaban boina negra y parte colorada. Ví también por las calles a muchas mujeres y niños con boina colorada; esos son los carlistas o requetés de Navarra, almas nobles que mantienen intacta, a través de varias generaciones, un ideal incorruptible de lealtad a la monarquía legitimista y están dispuestas en todo momento a dar su vida por él. La personalidad magnética de Franco y la causa de patria que se sobrepone a todas las preferencias particulares ha logrado fundir en un solo ideal patriótico los ímpetus de heroísmo de los distintos elementos nacionalistas.

Esa tarde fuí a Loyola, la patria de San Ignacio, donde se llevaban a efecto grandes festividades. Mucho antes que el santuario está el pueblo que lleva ese nombre y donde se encuentra el famoso cuartel de Loyola. Sus muros destrozados recordaban la feroz batalla y la tremenda matanza que había tenido lugar allí en Julio y Agosto del año pasado. Uno o más regimientos habían sido ahí exterminados, había ruinas, es cierto, pero las sólidas casas solariegas de piedra

que parecen desafiar los siglos en los cerros cercanos y la contextura maciza de los aldeanos vascos, viejos y jóvenes, cuyas cejas enormes y cuyas boinas atrevidamente colocadas en la cabeza acrecentaban su aspecto resuelto, parecían manifestar que aunque las balas destruyan algunos muros y maten algunos miles de hombres, la vieja y tradicional España sabrá sobreponerse a la prueba y legar intacta su gloriosa historia a las generaciones venideras.

De regreso a San Sebastián fuí esa tarde al Cinema. Encontré lleno el teatro.

El tren compuesto de coches de las distintas clases y de dos coches-camas salió pasadas las 10 para Lisboa. No me tocó cama y me fuí en primera, teniendo por único compañero a un comandante de infantería. Le propuse que nos recostáramos cada cual en un sofá y así lo hicimos, quedando pronto ambos profundamente dormidos. Nuestro sueño se vió interrumpido en Miranda, pues ahí se llenó el departamento con oficiales que venían parte de Zaragoza y parte de Bilbao. En España no se requiere presentación para entablar conversación y si aquella noche el sueño fué escaso, estuvo compensado en cambio por una charla que las reminiscencias del frente hicieron particularmente interesante. Parte de mis compañeros descendieron en Burgos, otros en Valladolid, y, cuando pasamos por Medina del Campo, que es la estación donde se dividen las líneas de Madrid y Lisboa, yo quedé nuevamente casi solo.

Amaneció una mañana esplendorosa sobre los llanos de Castilla y tuve el gusto de ver campos uniformemente sembrados de trigo, ya próximos a la madurez. Se anunciaba una cosecha abundante.

No se me había podido informar en San Sebastián respecto a la hora en que llegaríamos a Salamanca, pero el tren llevó tan buena marcha que, poco después de las 8 de la mañana, nos detuvimos en la estación de esta ciudad.

Salamanca es famosa no sólo por su Universidad; es una de las más notables ciudades de España. Tiene una maravillosa Catedral y otras muchas iglesias célebres. Su Plaza Mayor tiene el cetro indisputado de sus congéneres y por eso se le suele llamar la Plaza Mayor de España. Calles enteras de palacios góticos y platerescos patinados de amarillo por el tiempo, llevan el espíritu hacia las épocas más gloriosas de la historia de España y dan una visión de arte insuperada.

Era día Domingo y asistí a una misa en la que el fervor del público me confirmó una vez más la intensa fe del pueblo español. Me dediqué enseguida a visitar la ciudad.

Estaba en lo mejor, absorto en la admiración de un edificio original, cuya fachada está cubierta de conchas en relieve, cuando oí tocar una sirena y ví desbandarse a la gen-

te en todas direcciones. Aunque ya me imaginaba lo que era, por haberlo leído en las revistas, preguntó a un guardia civil qué significaba ese toque. Me dijo que él anunciaba un ataque de aviones y era aviso de que había que buscar protección en algún refugio. Le pregunté entonces por la ubicación de algún refugio próximo. Me aconsejó cobijarme en una grande iglesia que tenía a mis espaldas.

Así lo hice, junto con un grupo numeroso de muchachos que llevaban boina negra o roja. Nos estacionamos cerca de la puerta de la iglesia, al interior, e hicimos repetidas intenciones por salir cuando creíamos que el peligro había pasado, pero casi al instante se repetía el periódico sonido de la sirena y el guardia civil nos obligaba a volver sobre nuestros pasos. Por fin tocó la campana de la Catedral, señal de que el ataque había sido frustrado y salimos inmediatamente a la calle que se venía poblando, como por encanto, con gente que aparecía de todas partes. Durante la espera en la Iglesia un joven me había instruido respecto al significado de las señales. Las sirenas sonaban cuando se anunciaba un ataque pero la cosa revestía mayor gravedad cuando iban acompañadas de disparos de cohetes, pues en tal caso ello significaba la llegada de los aviones enemigos sobre la ciudad misma. Afortunadamente no era lo que había ocurrido esa mañana.

Se estaba formando a poco metros de distancia un pintoresco cortejo compuesto de tropas regulares, moros y voluntarios a fin de dirigirse al relevo de guardia del palacio de Franco. Las tropas se movieron dirigidas por una banda que tocaba aires marciales y rodeada por la muchachada que nunca deja de participar en ese género de cortejos. Necesitaba precisamente quien me indicase dónde vivía el Generalísimo, de manera que aproveché la oportunidad para dejarme guiar y seguí yo también a los apuestos militares.

Su Excelencia el Generalísimo de los Ejércitos y Jefe del Estado — pues tal es el título oficial del General Franco — ocupa el palacio que era antes residencia del Obispo, frente a la Catedral. Ahí mismo funciona el Gabinete Diplomático, o sea el Ministerio de Relaciones Exteriores, cuyo Jefe es el señor José Antonio Sangroniz, y allí se reúne también el Estado Mayor General del Ejército en campaña. Algunos soldados de línea con casco de trinchera y unos magníficos moros me atajaron a la entrada del palacio y me indicaron la dirección de las oficinas. El señor Sangroniz no había llegado aún, pues, a la usanza española, llega a la una de la tarde a su oficina y trabaja hasta las cuatro de la mañana. Igual cosa ocurre con el General.

Estaba yo entretenido mirando al público tan variado que acudía a la Secretaría en busca de uno u otro de los jefes militares o de los dignatarios civiles, cuando de repente oyóse

sonar la sirena y esta vez acompañada de cohete. Se dió inmediatamente la orden de suspender toda actividad mientras pasaba la alarma. Dejando ahí empleados y público salí a paso rápido por entre moros, legionarios y voluntarios de la guardia y corrí a la Catedral, al frente, cuya ancha puerta estaba tragando gente que venía de todas direcciones. Difícilmente podría describir el espectáculo insólito y nuevo para mí que representaba el conjunto de personas que luego llenaron el espacio del venerable edificio. Jefes del Estado Mayor General con sus pintorescas fajas azules o coloradas; soldados regulares, falangistas, requetés, guardias civiles, hombres, mujeres y niños, todos dedicados a una alegre y animada conversación, se encontraban reunidos ahí como cumpliendo una formalidad y no huyendo de un peligro. Refugio eficaz no lo era de ninguna manera aquella Catedral cuyas elegantes ojivas góticas habrían dejado pasar una bomba sin interponer defensa alguna. Mientras seguía el toque de sirena y el disparo de los cohetes nadie parecía preocuparse sino de su entretenido tema de conversación. Por mi parte me dediqué a visitar los monumentos que pueblan los nichos y las capillas de la vieja iglesia metropolitana.

No nos ocurrió nada, pues salimos de ahí, al volver a tocar las campanas de la Catedral, sin que se hubiese oído siquiera el estallido de una bomba. Se me informó que los aviones enemigos habían sido rechazados y que, al dejar caer sus bombas sobre el campo de aviación, habían producido sólo ligeros destrozos y muy pocas pérdidas de vidas.

Al volver al Palacio supe que había llegado el señor Sangroniz y fuí introducido inmediatamente a su despacho. Me acogió con suma cordialidad, pues me dijo que dos motivos lo unían a Chile. El primero, un agradecimiento inmenso por la actuación del Embajador de Chile en Madrid en defensa de los refugiados españoles y el segundo, sus propias vinculaciones de sangre con Chile. Su madre era chilena, él nació en nuestro país y vivió un tiempo en él como diplomático español. Tiene invertida aquí parte de su fortuna. Me dijo que yo había llegado a Salamanca con singular oportunidad; además de ser recibido esa tarde por el General Franco quedaba yo invitado a una ceremonia tan hermosa que dejaría en mí recuerdos imborrables, como era la presentación de credenciales del nuevo Embajador de Italia, que se llevaría a efecto al anochecer en la Plaza Mayor de la ciudad. Quedaba invitado enseguida, por el señor Sangroniz, a una comida que daría en honor de los principales personajes del régimen. Le agradecí efusivamente y me despedí de él hasta la tarde.

Después de almuerzo seguí visitando los monumentos de la ciudad: la célebre Universidad Salmantina, el imponente patio de estilo Renacimiento del Seminario, el puente roma-

no, etc., y de todo tomé fotografías. Ahí tenéis un contraste en Rusia. Allá, en tiempo de paz, las máquinas fotográficas están proscritas como testimonios demasiado fieles de la realidad, aquí se me permitió, en plena guerra, retratar movimientos de tropas o cualquiera otro asunto que me interesara. España nacionalista puede exhibir con orgullo todos los aspectos de su vida diaria.

Puntualmente, a la hora fijada para la audiencia, subí las gradas del Palacio del Gobierno y me encaminé hacia la Secretaría de S. E. el Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos. Pero habían llegado, sin duda, noticias del frente que requerían alguna resolución inmediata, puesto que acudieron en ese momento, al Gabinete del General Franco, los jefes del Estado Mayor. La deliberación fué larga y llevaba transcurrido ya buen rato cuando los edecanes me abrieron la puerta de la sala de despacho del Generalísimo: una sala grande, algo obscura, pero señorial como son todos los aposentos de palacios del Renacimiento.

Al verme entrar, el General que se hallaba trabajando detrás de una gran mesa que ocupaba todo el fondo del salón, se adelantó rápido a recibirme. No impone por su tamaño, ya que no es alto, pero seduce inmediatamente por su sonrisa acogedora y por sus ademanes distinguidos. Los cabellos algo grises contrastan con la juventud de la fisonomía. Demuestra una modestia en su tono y en sus expresiones que resulta inesperada cuando se conocen sus hazañas. su actuación admirable y la idolatría y fanatismo de que es objeto por parte de la mayor y mejor porción de España.

Apenas me dió tiempo, cuando nos hubimos sentado, para expresarle mis excusas por quitarle unos minutos preciosos a quien tiene sobre sus hombros tan vasta responsabilidad, pues me interrumpió vivamente para decirme que sentía gran gusto en conocer a un senador de Chile, del país a quien España debía gratitud más que a ninguno otro por la noble y valiente actuación del Embajador de Chile en Madrid, Señor Núñez Morgado, en defensa de los refugiados a quienes había salvado de una muerte segura. Sobraban ya los motivos para que fuesen muy estrechos los vínculos entre la Madre Patria y Chile pero este sentimiento de gratitud impulsaría a España a cultivar con mi país relaciones, si es posible, aun más cordiales.

Me detuve un momento antes de responder. Lo miraba con intensa curiosidad y admiración, tan grande ha sido el interés con que, desde hace más de un año, seguimos en el mundo entero las peripecias de la inmensa lucha que este hombre está librando en contra de los enemigos de la humanidad.

“General”, le dije, “extraño destino ha sido el suyo. Pue-

de Ud. jactarse de haber desencadenado las pasiones y los enconos, de uno y otro lado, como jamás lo ha conseguido otro hombre en los tiempos modernos. El universo entero se preocupa hoy de su persona, unos alabándolo y otros execrándolo. Chile mismo, a pesar de su flema tradicional, sigue con nerviosidad aguda las alternativas de su campaña y llegó a preguntarme si habrá nación en que su triunfo sea deseado con más violencia por unos y temido con igual violencia por otros. En los debates de nuestro Senado, a propósito de cualquiera cuestión, corre la imaginación al conflicto español, se lanza la chispa y vuelve a estallar la hostilidad de las ideologías contrapuestas.

La suave y aparentemente inofensiva sonrisa del General no se altera en lo más mínimo ante ese cuadro de luchas implacables por su causa y me contesta sin vacilar: "Efectivamente, es como Ud. dice. Es una lucha que atañe a la humanidad en lo más hondo. Estamos desplegando un esfuerzo gigantesco por salvar el orden y la civilización cristiana. Es el destino de España derramar su sangre en beneficio del mundo, sea formando con su cuerpo una valla para que los árabes no se adueñaran del continente; sea sujetando el poder de los sultanes en el Mediterráneo, sea desangrándose para poblar un nuevo mundo".

"Ud. no se figura lo que era nuestra vida antes de este movimiento. Más bien ya no era vida, tantas eran las humillaciones a que estaban sometidos los que no contaban con las simpatías del poder; tanta era la anarquía que reinaba y que hacía inseguros nuestros bienes, nuestras carreras, y más que eso, nuestras existencias y la de nuestras familias.

"Justamente, General, le dije, mientras esperaba para entrar aquí, sus edecanes me estuvieron narrando las increíbles abyecciones a que eran sometidos los oficiales por parte de los subalternos, con connivencia del Gobierno, y que tenían a aquellos tan desesperados que prefirieron morir combatiendo antes que aplastados como gusanos".

"Agregue al sentir personal de los individuos, prosiguió el General, el dolor de ver caer a girones la idea de patria: despreciados los verdaderos valores nacionales, y enaltecidos en su lugar valores extranjeros sin ninguna significación en este país de admirables tradiciones.

"Estamos luchando por librarnos de estos, por reintegrar a España en su pura y noble tradición, alrededor de la cual estén unidos los corazones de todos los españoles.

"Se ha tratado de desacreditarme pretendiendo que dirijo un movimiento militar, un pronunciamiento dictado por la ambición de un caudillo como los que ha podido haber en otras épocas. No es así, ni lo han entendido así los que en tantos países y continentes ponen, como Ud. me dice, sus

esperanzas en el triunfo de nuestros esfuerzos. Aquí no hay nada de personal ni de interés de una casta. Esta es una batalla nacional, por salvar a España de la barbarie que llega, como siempre, del Oriente. El Estado que se constituya no será en beneficio de ninguna categoría especial de ciudadanos ni se mantendrán injusticias ni privilegios. Al querer implantar un Gobierno nacional ello implica igual preocupación por todas las clases sociales, y, si algunas hubieran de recibir especial cuidado, serían las más modestas por haberlo más menester. Hemos de propender, por medio de la legislación social, a darles el mayor bienestar posible en un régimen de armonía entre capital y trabajo.

“En primer lugar hay que incrementar la riqueza nacional y en seguida atender a su más justa distribución”.

“Le aplaudo, General, el que Ud. coloque en primer lugar de su programa de reconstrucción la elevación, al mayor bienestar posible, de las masas populares. Esa, además de ser un concepto eminentemente cristiano, es una norma elemental de buen gobierno. A medida que las masas van surgiendo a una mayor cultura es indispensable que sus medios de vida mejoren en igual proporción. Así lo hemos creído los católicos de Chile que hemos creado en su mayoría la legislación social existente. ¿No estima Ud. que si los políticos franceses hubieran sido menos reacios en sus concesiones sociales Francia no conocería el violento estallido extremista que hoy la agita?

“Así es. Pienso igual que Ud.”.

“Me es grato decirlo, General, que junto con entrar a España se recibe la impresión de que es Ud. quien tiene razón cuando sostiene que este es un movimiento nacional y no la tienen sus adversarios cuando opinan que la población no favorece de corazón esta asonada militar y todas sus preferencias están por el gobierno de Valencia. En efecto, desde que llegué a Irún, tan destruido como está, he palpado una evidente unión espiritual de la población entera.

En San Sebastián y en las diversas ciudades del recorrido, he encontrado en todas partes un entusiasmo guerrero increíble. Se nota en todas las clases sociales un gran fervor de lucha. Su retrato de Ud., colocado por los ciudadanos en las paredes de sus casas y las vidrieras de sus tiendas y cubierto de letreros elogiosos, impresos o manuscritos, prueba su inmensa popularidad. He notado apretura ante la oficina de reclutamiento.

“No me ha extrañado hallar orden y normalidad; bien lo sabía que aquí reinan tan completos como la anarquía del otro lado. Lo que me ha sorprendido es encontrar tanta alegría. Ha de ser muy popular una causa que induce a todos a dar su vida por ella con el corazón tan contento y que aún en los deudos deja una tristeza desprovista de amargura.

“Espero que V. E. no hallará que empequeñezco esta épica tragedia si le confieso que, más que lo dicho, me ha sorprendido la baratura de la vida en España. Todo me esperaba menos el encontrar aquí las subsistencias más baratas y más abundantes que en Francia, cuando lo natural sería que un país destrozado, enteramente entregado a la lucha como es éste, se hallase escaso de todo”.

“Celebro que haya podido Ud. hacer esta constatación, respondiome el General, porque efectivamente me he esmerado en mantener los precios en el nivel exacto en que se encontraban antes del estallido de la guerra y lo he conseguido, sin tener que recurrir a ninguna fiscalización odiosa. Hay orden y todo marcha como en época normal. En cambio Ud. sabe que, entre nuestros adversarios, donde las tierras debieran producir tanto como acá, el comunismo y la anarquía han traído tal desbarajuste que hay carencia de artículos alimenticios y los precios se han ido a las nubes”.

Recordé entonces algunos datos que me habían sido suministrado esa mañana: mientras que el carbón abunda entre los nacionalistas, en Madrid no se consigue a ningún precio y la leña vale un precio loco. El kilo de jamón vale 6.50 pesetas en la España nacionalista y de 300 a 400 pesetas en la roja. En ciertos puntos de Cataluña, no se consigue aceite, artículo esencial en la cocina española.

“Creo, General, agregué, que Ud. ha batido un record con su buena administración, porque no creo que la historia registre otro caso de que un país haya estado en guerra sin que automáticamente se produjera una alza de los precios, tanto más cuanto que aquí existían motivos especiales para que esa regla infalible se cumpliera”.

“Quizás a Ud. le llamará aun más la atención, repuso el General, el saber que esta guerra se está llevando a efecto por nuestro lado, sin contribuciones extraordinarias y sin empréstitos del extranjero. Nuestro país, por lo tanto, no se está endeudando. Saldremos del conflicto saneados, listos para iniciar la obra de reconstrucción.

“El contribuyente español puede decirse que no se ha percatado que se juega la suerte de su patria; no se le ha cargado la mano en absoluto. El único sacrificio que se ha impuesto a toda la población es, una vez por semana, el Viernes, el comer sólo un guiso por comida. La economía que efectúa cada familia con el “día de un solo plato” no es a beneficio fiscal, sino que se le da un destino social; sirve para incrementar la asignación que reciben la esposa y los hijos, de los combatientes. Esta asignación alcanza así una cifra que permite, en muchos casos, mayor bienestar que si el jefe de familia se encontrase en su casa y trabajando”.

Me pareció que el caudillo español tendría agrado en conocer una conversación sustentada por mí, pocos días antes, en Roma, con el Conde Ciano, Ministro de Relaciones Exteriores de Italia y en la cual me había hecho declaraciones muy nítidas y resueltas sobre la política de Mussolini respecto a España. Se la referí.

“No le estoy contando nada nuevo, por supuesto, le dije, pero le será agradable oír la confirmación de lo que ya sabe”.

Franco no demostraba sorpresa, en efecto, mientras me oía.

“Mussolini, observó, tuvo siempre una visión muy clara de la partida que aquí se jugaba y fué siempre un amigo leal. Sin que yo le pidiese nada, desde un principio, cuando mandé un personero a Alemania y otro a Italia a comprar aeroplanos para el ejército, se adelantó a manifestarme sus simpatías por nuestra causa”.

En ese momento entró un funcionario con un cable de Londres en que se daba cuenta de las últimas incidencias en el Comité de No Intervención. Rusia persistía en su negativa de reconocer a Franco el carácter de beligerante, lo cual amenazaba con dar por tierra con todo el complicado mecanismo del acuerdo entre las potencias.

“Dígame, le pregunté, con no poca indiscreción, ¿cómo mira V. E. este impasse a que han llegado las potencias, entre la aceptación de la idea de reconocer su beligerancia por una parte, y el afán porque se retiren previamente los voluntarios extranjeros por la otra? ¿Preferiría V. E. que se liquidase el Comité de No Intervención y cada uno hiciese como mejor le parezca?”.

Su respuesta fué rápida y clara:

“No. Ello acarrearía quizás consecuencias incalculables para la paz del mundo. Es mejor el estatu-quo. No es que yo esté satisfecho, naturalmente, con el Comité de No Intervención. La actitud de Inglaterra ha sido incomprensible, tanto más cuanto que se trata de un país cuya política extranjera ha sido siempre muy hábil. Ha sido hábil porque ha sido realista. ¿Cómo ha podido Inglaterra perder ahora el sentido práctico de las cosas?”

“No puede ella pretender mantener ahora, como antes, el dominio de los mares, o sea imponiéndose a la vez a todas las naciones. Tiene que llegar a un arreglo amistoso con países que cuentan en la balanza del mundo. La potencia alemana aumenta y ya pesa en los mares del Norte. Italia es otra gran nación que surge, animada de una vitalidad prodigiosa y está llamada cada vez más a influir en su propio mar, el Mediterráneo. Inglaterra necesita de la amistad de estos dos países para asegurar sus comunicaciones; enagenándoselos, se crea un grave problema para el porvenir”.

Seguimos analizando la política de las distintas potencias y comentando cómo se estrellan en España las dos ideologías contrarias. Insensiblemente pasamos a hablar de la política interna de ciertos países y del ejemplo lamentable de desbarajuste que está dando el partido radical socialista de Francia el cual por la tendencia anacrónica de sus actuaciones, su falta de moralidad y su alianza con los extremistas, va perdiendo rápidamente el control que tuvo sobre las masas.

“Hoy en día, me dice el General, es sabido que son los problemas económico-sociales los que forman el eje de las divergencias entre los partidos y no ya los arcaicos principios de la Revolución Francesa. Eso es lo que ha perdido al poderoso partido radical-socialista francés, quién fué amo de Francia durante tantos años. Muchos de sus mejores elementos habrían podido aplicar útilmente su inteligencia y su cultura a la solución de esos problemas, en vez de perder miserablemente el tiempo en cuestiones sectarias”.

Le expresé que en Chile era lo mismo, que aquí también teníamos un partido cuya tendencia, cuya historia y cuyo destino parecían calcados sobre los del mencionado partido en Francia. Los elementos católicos estaríamos felices de ver desterrada la religión de los debates políticos, pero ella aparecía una y otra vez en el tapete traída por sus adversarios, que no perdían oportunidad para zaherirla y tratar de perjudicarla. Esto se debía a la actividad de la masonería, quién libra una campaña sorda e implacable para tratar de debilitar y destruir en todo orden de cosas, las creencias religiosas que profesa la gran mayoría de los habitantes de nuestro territorio.

“Aquí en España, interpuso el General, hemos tenido esa misma plaga de la masonería, sobre la cual gravita en parte la responsabilidad de los males que nos han afligido. Estamos recién clasificando y analizando los archivos de las logias situadas en nuestra jurisdicción y nos hemos encontrado, como Ud. dice, con que de ahí salían instrucciones precisas, cualquiera que fuese el asunto de que se trataba en las Cortes, sobre todo al tratarse de cuestiones de instrucción, o de capellanes militares, etc., ordenando a los diputados cómo debían votar. Se ve que ejercía una tutela constante y eficacísima sobre nuestros políticos”.

“Y ahora excúseme, General, si me permito la osadía de indagar si V. E. tiene algo pensado sobre forma futura de gobierno en España y si tiene intención de dar al país, a medida que lo unifica bajo su mando, una organización distinta de la que ha tenido”.

“No tengo inconveniente alguno en contestar a su pro-

gunta. Hasta ahora no había sido posible atender a la cuestión de la organización del Estado, no solo porque las actividades militares eran de por sí muy absorbentes, sino también porque como se hallaban en Madrid las jefaturas de todos los servicios, no era fácil, prescindiendo de ellas, construir otra administración completa.

Hay que poner primero en pie todos esos servicios. No puede, es claro, seguir la máquina del Estado dependiendo de un solo hombre”.

El General me explicó cómo ha proveído hasta ahora para que ciertos Consejos, cerca de su persona, se avoquen la resolución de las distintas materias.

“Actualmente hay en estudio, prosiguió, y está muy adelantado, un proyecto de organización del Estado que promulgaré en cuanto se encuentre terminado. Ahí quedan definidas las atribuciones del Jefe del Estado y las de los funcionarios y organismos que cooperarán a su labor”.

“¿Hay prevista representación popular en alguna forma?”.

“Se ha deseado, contestó, que la España vea incorporados a su sistema constitucional los principios más modernos de derecho público. España será un Estado corporativo-cristiano. Al atenderse sobre todo al concepto corporativo en vez que al individual pregonado por la Revolución Francesa, no quiere decir que desaparezca la representación popular. Al contrario: subsistirá en la forma que más directamente interesa al ciudadano: en el gobierno municipal. En efecto, habrá votación popular para los Ayuntamientos o Consejos Municipales, aunque allí también se atenderá más a lo que representa la familia como núcleo social que al individuo como tal.

“En las elecciones para las Diputaciones (que en Chile llamaríamos Asambleas Provinciales) intervendrán a la vez los Sindicatos de Patrones y de obreros y los Ayuntamientos, de modo que ahí también influirá indirectamente el electorado. Para la designación de la Asamblea Nacional intervendrán, por una parte, las diversas Corporaciones y, por otra, las Diputaciones. Esa es la idea general. Un grupo de técnicos estudia actualmente el funcionamiento de estos distintos mecanismos, para que no hayan dudas, si se implantan, respecto a su conveniencia y su practicabilidad”.

Me atreví a tocar la cuestión más candente: la que se refiere al restablecimiento de la Monarquía, peligroso problema que amenaza, se dice, dividir a los nacionalistas, al día siguiente de la victoria.

“Parece Ud. creer, General, que todavía no hay suficiente unanimidad de pareceres entre los españoles para pedir la vuelta de los Borbones al trono de España. ¿Por eso es que no piensa en ella?”.

Al General no pareció molestarle mi pregunta y me respondió sin la menor reticencia:

“Es probable que la continuidad histórica de nuestro país hará que algún día volvamos a tener Monarquía, pero no creo que se trate de algo inminente.

“Ud. sabe lo que fueron para España sus reyes. Ellos hicieron la historia del país y puede decirse que estaban identificados con el alma nacional. Desgraciadamente no puede dejar de reconocerse que esa compenetración había cesado en los últimos tiempos. Se vió claramente que en 1931 la mayor parte de los españoles no sabían ellos mismos si eran monárquicos o no lo eran; les daba lo mismo que hubiese rey o no lo hubiese.

“Debo decirle, además, que no creo conveniente que haya rey todavía. Tenemos ante nosotros, por el momento, tres etapas.

“La primera es ganar la guerra. Esta no necesita comentario.

“La segunda es liquidar la guerra. Ante todo económicamente, es decir pagar, si algo se debe, y reparar los destrozos. En seguida judicialmente. Hay que definir y sancionar las responsabilidades. Ya se imagina Ud. cómo acudirían al Rey, en demanda de amparo, todos los que se vieran en peligro y la misión del Rey sería, por cierto, la de servir de vehículo para todas esas peticiones. Los inconvenientes de ella están a la vista.

“La tercera es organizar el nuevo Estado. Esta tarea difícil, pero tan imprescindible, requiere ser efectuada por una sola voluntad. Todos los descontentos se polarizan alrededor de la persona del Soberano y un conflicto entre la voluntad de éste y la del caudillo responsable de la marcha del Gobierno podría ser desastrosa para el Estado.

“Pero, le repito, no se dá al traste impunemente con tantos siglos de historia y yo creo que, transcurrido cierto tiempo, la continuidad de la historia de España exigirá el regreso de un Monarca”.

El General no parecía molesto ni cansado por la larga entrevista.

“Déjeme felicitarlo, General, le dije, por la claridad con que concibe sus ideas y la admirable facilidad con que las expresa. No es lo propio de nuestros hombres de guerra, en América del Sur, ser a la vez estadistas y tener tal elegancia de formas”.

Y, al pronunciar estas palabras, me puse de pie y le extendí la mano.

La tomó con suma cordialidad y me dijo con calor, a manera de despedida:

“Le agradezco muchísimo su visita y le ruego saludar muy afectuosamente en mi nombre a su noble país, al cual, repito, guardaremos imperecedera gratitud por todo lo que ha hecho por nuestros refugiados”.

Habíamos hablado con el General, al principio de la visita, sobre los inconvenientes que se habían presentado para que Chile pudiese reconocer a su Gobierno, inconvenientes que él no pudo menos que aceptar como momentáneamente insalvables.

Le había pedido que rogase al General Queipo del Llano que no repitiese en sus charlas por radio la especie inexacta de que Chile piensa ofrecer asilo a los que huyan de la España roja a medida que los nacionalistas avanzan y me prometió hacerlo, ese mismo día, por teléfono.

Antes de salir, pues, de su despacho, mi última frase fué para formular el deseo de ver a su Gobierno reconocido, cuanto antes, por el nuestro.

Estaba ya obscureciendo cuando salí del Palacio y regresé al hotel donde debía tomar las disposiciones para el regreso, esa misma noche, hacia la frontera francesa. Partía un tren cerca de las doce cuya llegada a San Sebastián se anunciaba para las 10 de la mañana siguiente, con tiempo para alcanzar en Hendaya algún buen expreso, ese mismo día, para París.

Se oía en las calles de Salamanca una animación extraordinaria, ya que el pueblo de la ciudad y de los alrededores se estaba congregando para la gran ceremonia de la presentación de credenciales. El acontecimiento estaba anunciado para las nueve y media. Me encaminé un rato antes hacia la Plaza Mayor y tuve dificultad en abrimme camino hasta la puerta del Ayuntamiento, desde cuyas gradas fuí amablemente acompañado hasta un balcón de la fachada.

La Plaza Mayor presentaba un aspecto maravilloso; los edificios que la circundaban, simétricos y homogéneos en su noble estilo clásico, se destacaban, con sus fachadas iluminadas por miles de ampolletas, en la obscuridad de la noche. Poderosos focos alumbraban el resto de la plaza. Todos los balcones estaban repletos hasta su capacidad máxima con un público alegre y bullicioso como sólo se encuentra en los pueblos del sur de Europa. El habitante de Castilla tiene de por sí un porte distinguido y señorial; mucho más habían de tenerlo los que se encontraban en los balcones próximos a mí ya que ahí se había congregado la flor y nata de la aristocracia española cuyos miembros dan un ejemplo de valentía luchando en las huestes de Franco.

Entre los arcos que dan la vuelta a la Plaza formando galería al pie de los edificios, se destacaba, al frente del Ayuntamiento, uno más grande por el cual había de entrar el cor-

tejo a la Plaza. Se había dejado para ello un camino expedito que daba toda la vuelta de la Plaza. Bordeaba ese camino, en su lado interior, una hilera de requetés con boina lacre, llevando estandartes y detrás de los cuales quedaba vacío el centro de la Plaza. Sólo frente al Ayuntamiento había un grupo numeroso de oficiales que llevaban otros emblemas. Cerraba la calle en el lado exterior una hilera de falangistas con su camisa azul obscuro, quienes también llevaban estandartes. Detrás de ellos, ocupando toda la orilla del espacio descubierto y apretándose debajo de los arcos, estaba un inmenso público que distraía su espera con vivas continuos y con gritos que demostraban su entusiasmo. Los alegres colores rojo y gualda de la bandera nacional que flotaba en todas partes, acrecentaban el ambiente de epopeya que se respiraba aquella noche, bajo ese cielo que ha contemplado tantos heroísmos.

En un sitio conspicuo figuraban como hermanadas en una alianza efectiva las cuatro banderas de España, Italia, Alemania y Portugal. La belleza del espectáculo me inducía a ratos a admirar aquel despliegue de pompa como una fiesta digna del esplendor de Venecia en la época de los Dux. Pronto la conversación con mis aristocráticos vecinos me recordaba qué caro habían ellos pagado esos momentos de patriótica satisfacción. Uno me decía que los rojos habían dado muerte a dieciséis miembros de su familia; para otro habían sido sólo once, pero ninguno había que no tuviese que deplorar la tortura y la espantosa muerte de algún hijo, hermano o primo.

Los Generales iban llegando uno a uno por el arco del fondo, y, mientras sus coches recorrían el trecho entre la doble hilera de tropas, el público los reconocía y los aclamaba estruendosamente. Frenéticos fueron los gritos de entusiasmo que acogieron a la Generala, la esposa de Franco, cuando su coche la depositó al pie del Ayuntamiento. Por fin gritos atronadores anunciaron la aproximación del Generalísimo y fué un delirio cuando apareció su coche en la Plaza, seguido por una guardia montada de soldados moros de un esplendor sin igual. He visto muchas escoltas de soberanos pero no recuerdo ninguna comparable con aquella. Venían los moros parte en caballos blancos y parte en caballos negros. Aquellos tenían las pezuñas doradas y estos las tenían plateadas. Unas inmensas gualdrapas, al estilo de la Edad Media, bordadas en oro, tapaban parte de la cabeza y del cuerpo del animal. Los moros traían su uniforme cubierto por una amplia capa blanca que flotaba al viento y sobre la cual se destacaban sus turbantes y sus capuchas de distintos colores. El público quedó electrizado por el trote elegante de esa caballería que me recordaba los cuadros de Fromentin.

Franco bajó de su coche frente al Ayuntamiento y saludó a la gente cuyos gritos ensordecedores se reanudaban cada vez con mayor vigor; luego entró al Palacio por entre una doble hilera de moros escogidos que forman su guardia personal: hombres inmensos cuyo uniforme blanco desaparecía bajo una capa lacre que llegaba hasta el suelo y se completaba con un turbante del mismo color. Era un espectáculo soberbio, inolvidable. La guardia mora montada fué a colocarse al centro de la Plaza, en el espacio vacío que se le había reservado y ahí los caballos árabes entretenían al público con sus nerviosos movimientos. Poco después, rodeados de una guardia mora semejante, aunque un poco menos numerosa, llegaron el Embajador y el personal de la Embajada de Italia. Mientras que entraban al Palacio, aquella fué a colocarse también al centro de la Plaza.

En la sala principal del Ayuntamiento estaba todo dispuesto para la ceremonia. Unas tapicerías enormes, del siglo XV, de inestimable valor, traídas de la Catedral de Zamora, tapaban íntegras las paredes y puertas de la estancia, a la usanza de la Edad Media. Unos colosales moros levantaban la tapicería frente a la puerta de entrada para dar acceso a los invitados. El Generalísimo tomó colocación en un sillón, colocado a manera de trono sobre una tarima, teniendo a un lado al personal militar y al otro al personal civil. Frente a él se colocó el Embajador de Italia durante la lectura de los discursos. Estos estuvieron inspirados, como bien se comprenderá, en una cordialidad extrema.

El frenesí del público volvió a darse rienda suelta cuando, después de tocados ambos himnos nacionales, el Embajador y el Generalísimo, acompañados por sus guardias respectivas, se retiraron del Ayuntamiento. Entonces se organizó un desfile precioso alrededor de la Plaza. Acompañados por los compases inspirados de las bandas y en medio de gritos de "¡Viva España!" y "Viva Franco!" desfilaron tropa de línea, guardias civiles, falangistas, requetés y legionarios. Sus gestos característicos al marchar y la conversión tan original que hacen las tropas españolas en las vueltas, todo ello ejecutado con una precisión impecable, aumentaron el entusiasmo que había despertado en mí ese ejército en su mayoría improvisado; no creo que olvidaré nunca las emociones de tan inolvidable espectáculo.

También impresiona el conocer de golpe a individuos cuya fisonomía se ha visto siempre reproducida en diarios y revistas y cuya actuación se ha seguido con interés constante, de manera que fué para mí un privilegio poco común el poder estrechar pocos minutos después, cuando llegué a la comida a que me había invitado el señor Sangroniz, la mano del General Cabanellas, el viejo patriarca de barba blanca;

del General Jordana, que desempeña el papel de jefe del Gobierno, del General Kindelan, comandante de la aviación, de Nicolás Franco hermano del Generalísimo y de cuyas actividades se ha preocupado mucho la prensa diaria últimamente. Estaban además el Duque de Algeciras, el Marqués del Mérito y muchos otros cuyos nombres no recuerdo.

Conversamos tan largo antes de entrar a comer que, como ya se acercaba la media noche, no tuve más remedio que despedirme de ellos para ir a alcanzar mi tren.

Desperté temprano a la mañana siguiente porque no quise perder el atrayente recorrido entre los cerros verdes de Navarra y aquellos no menos hermosos de Guipúzcoa. En San Sebastián encontré el mismo ambiente de fiesta y de animada despreocupación. Alquilé un auto, en el que repetí, en sentido inverso, el trayecto ya conocido y en el que llegué hasta el puente internacional de Irún. Al abandonar un país en guerra y entrar a Francia, llegaba de una nación donde diecinueve años de paz debieran haber acumulado prosperidad y felicidad. Y sin embargo, tras de mí, en la España nacionalista, quedaban almas que, a pesar del trágico momento que viven, encuentran en su unidad espiritual y en su confianza en el triunfo, por una causa que envuelve la existencia de su Patria, una inmensa satisfacción, un contento íntimo, mientras tanto que en la pobre Francia, dividida en sus aspiraciones y manejada por un Gobierno que la crea graves incertidumbres para el porvenir, se viven horas de desorientación y de angustias tremendas.

No deseo terminar sin expresar un sentimiento de cristiana comprensión. Quiero creer que frente a los nacionalistas combaten, por sus ideales, hombres con igual sinceridad que aquellos aunque puedan parecerme ofuscados. Hago fervientes votos, por el bien de unos y otros, por el bien de España nuestra Madre Patria, que cese pronto esa masacre y así como los habitantes de todas las clases sociales y de todas las provincias españolas lucharon y sufrieron juntos para formar ese país y darle en el mundo la situación que tuvo, lleguen prontas ambas facciones a un entendimiento y depongan sus armas y se apliquen en una España unida, disciplinada y gobernada por el orden, a escribir nuevas páginas de gloria espiritual y de prosperidad material para su patria y para la humanidad.

La Enseñanza de la Religión en las Escuelas del Estado

por José H. de la Cerda

Con bastante frecuencia se oye preguntar: ¿Por qué se enseña religión en las escuelas públicas, cuando la Iglesia está ahora separada del Estado?

Para responder a esta pregunta, muy útil es recordar la doctrina de S. S. León XIII en su Encíclica "Libertas". "El poder público, dice, ha sido establecido para utilidad de los súbditos, y aunque no tiene más fin próximo que el conducir a los ciudadanos a la prosperidad de la vida terrenal, sin embargo, obligados están los gobernantes a no impedir sino, antes por el contrario favorecer al hombre, en la facultad de alcanzar el supremo y soberano bien en que consiste la eterna felicidad humana; lo cual, sin la religión, es imposible conseguir".

La necesidad de la enseñanza religiosa

La enseñanza religiosa y moral, es la que forma la base de la verdadera civilización y da mayor solidez a la misma sociedad, pues si ésta no descansa en ciertas verdades fundamentales de antemano admitidas y practicadas por las masas, verá continuamente amenazada, no sólo su prosperidad, sino hasta su propia existencia, como lo demuestran tan palpablemente los tiempos presentes. Así lo declaró el mismo Víctor Hugo en 1850, hablando a la Asamblea Nacional: "La enseñanza religiosa, decía, es según creo, más necesaria ahora que nunca. El hombre cuanto más se levanta, tanto más ha de creer. Nuestra época adolece de un mal terrible; este es, cierta tendencia a no ver más allá de esta vida.

Lo que alivia y santifica el trabajo, lo que hace al hombre fuerte, bueno, sabio, paciente, caritativo, justo, grande y humilde a la vez, digno de la inteligencia y de la libertad es tener delante de sí la eternidad de un mundo mejor, de un mundo cuyos fulgores se difunden a través de las tinieblas de esta vida".

Si se pretende educar al niño con sólo el conocimiento de las ciencias humanas como la aritmética, la geografía, la historia etc., no se logrará el objeto que se desea, pues para que sepa usar bien de ellos debemos mostrarle necesariamente, la existencia del Creador, quien sancionará todas las acciones. Muchos alumnos reciben la instrucción o sea el co-

nocimiento de la ciencia, pero les falta la educación religiosa que les enseña a vivir bien, usando de los bienes terrenos en tanto en cuanto los conduce a su supremo fin. El Estado ha tenido que reconocer que no podía realizar el proceso educativo integral del alumnado de las escuelas, prescindiendo de la formación religiosa y moral.

El Artículo 21 de la Ley de Educación Primaria de Chile promulgada el 22 de Noviembre de 1929 dice: "La educación dada en las escuelas primarias tendrá por objeto favorecer el desarrollo físico, intelectual y moral del niño de acuerdo con las necesidades sociales y cívicas del país" y al enumerar los diversos ramos del plan de educación señala el de Religión y Moral asignándole un determinado programa, dentro del horario escolar según el reglamento aprobado.

La base de la moral

La educación para que sea verdadera y sólida, ha de basarse en lo sobrenatural. Algunos preconizan una moral sin obligaciones ni sanciones, que aniquila toda religión y moral.

Otros pretenden que la moral consiste en obedecer a la razón, lo que viene a quitar toda idea de responsabilidad y a hacer de ella algo puramente variable y subjetivo. Se ha intentado también elaborar una moral llamada científica, desconociendo que la ciencia en sí misma no es moral, ni inmoral; pues la ciencia sólo sirve para comprobar lo que es, y no lo que debe ser.

Toda moral que trate de eliminar a Dios es una moral sin fundamento ni eficacia alguna. El fin moral de toda educación debe pues basarse en la enseñanza religiosa.

Un célebre pensador ha dicho que: "Una moral sin religión, es una justicia sin tribunal".

La Escuela, delegada de los padres de familia

Es un hecho que el ochenta y cinco por ciento de la población del país pertenece a la religión católica. Como la familia, no es capaz de proporcionar por sí misma, la educación total del niño, al Estado le corresponde suplir esta necesidad, y para ello establece la escuela.

La autoridad de la escuela sobre el niño es delegada, la recibe de los padres de familia. La escuela debe pues respetar siempre los derechos de los padres y no atropellarlos, erigiéndose como institución fundamental y única, tiránica y arbitraria, de la función educacional.

La escuela está llamada a continuar y completar la educación recibida en la familia y a no destruirla o desviarla. Solamente en el caso en que el hogar fuera motivo de corrupción para el niño, la escuela tendrá el derecho de sustraerlo de la autoridad familiar.

No se dirá que la Ley de Educación Primaria Obligatoria, viola la conciencia de los que profesan creencias distintas, pues en el Art. 24 dice:

“Los padres o guardadores podrán eximir, de la clase de doctrina cristiana a sus hijos o pupilos, manifestándolo al matricularlos o en seguida por escrito al Inspector Escolar.

Los Maestros de Religión

Corresponde hacer esta clase según el programa oficial, a los maestros de planta de la escuela, pero para que esta asignatura sea dada por personal especialmente preparado para ello, el Artículo 25 de la Ley, dice: “Los sacerdotes que se ofrecieren, para desempeñar gratuitamente la doctrina y moral cristianas en una escuela, podrán hacerlo con la autorización del Ministerio de Educación Pública, en conformidad al Decreto 1039 de 1929”.

Por Decreto Ley N.º 6355, del 31 de Diciembre de 1929 se autorizó también a los seglares para hacer la clase de Religión y Moral en las Escuelas del Estado, previo informe del Ordinario Eclesiástico respectivo y el comprobante de la Escuela Normal, sobre el rendimiento del examen de pedagogía y metodología para esta enseñanza.

No es extraño se haya tomado esta medida dada la escasez de nuestro clero, pues según las últimas estadísticas, hay 864 sacerdotes del clero secular y 873 del regular; total 1.737 para todo Chile; de éstos sólo una cuarta parte pueden dedicarse al profesorado; y las escuelas fiscales repartidas en todo el territorio del país ascienden a 3.531.

¿Cómo puede atender un párroco, poblaciones de 20 a 30 mil almas, diseminadas en una vasta extensión, si no cuenta con cooperadores suficientes para la acción de la enseñanza religiosa?

En la práctica sucede que la mayor parte de las escuelas primarias, no reciben clase de religión y en la instrucción secundaria, se destina a esta asignatura sólo una hora semanal, en el primero, segundo y tercer año de humanidades, para los alumnos que no están eximidos de ellas, por practicar creencias distintas.

Se ha podido comprobar, en muchas ocasiones, por testimonios de los padres de familia y de los directores de esta-

blecimientos fiscales, la influencia de la enseñanza religiosa en la conducta y costumbres del alumnado.

No se puede pues desconocer la eficacia moralizadora de esta asignatura, en todo centro de instrucción.

Muy infundados son los ataques contra la clase de religión en la enseñanza oficial; lejos de violentar las conciencias, se ha respetado el derecho de los padres de familia, quienes al confiar la educación de sus hijos al Estado, entienden se les ha de formar integralmente en todos los ramos del saber, y por tanto, enriqueciendo también sus inteligencias con verdades de un orden superior a las de las demás ciencias, para encontrar la solución adecuada a tantos problemas impenetrables para la razón humana.

El filósofo racionalista Jouffroy decía acerca de esto: "Preguntad a un cristiano de dónde viene la especie humana, lo sabe; a dónde va, lo sabe; de que modo va, lo sabe también. Preguntad a ese niño que nunca en su vida ha pensado en ello, porque se halla en este mundo, qué será de él después de la muerte; os dará una respuesta sublime..."

Origen del mundo, origen de la especie, cuestión de raza, destino del hombre en esta vida y en la otra; relaciones del hombre con Dios, deberes del hombre para con sus semejantes; derechos del hombre sobre la creación, nada ignora; y cuando sea hombre no titubeará tampoco en contestar acerca del derecho natural, derecho político o derecho de gentes, porque todo esto resulta y se deriva claramente y de por sí del cristianismo.

He aquí lo que yo llamo maravillosa religión; la reconozco en este signo: en que no deja sin solución ninguno de los problemas que interesan a la humanidad".

"EL DIARIO ILUSTRADO"

Las mejores informaciones del país y del extranjero.

Su página de redacción no tiene competidor
en el país

Escuche nuestra Radio Estación, trae los mejores programas

Exija a los suplementeros **"EL DIARIO ILUSTRADO"**

Oficina de avisos y suscripciones: MONEDA 1158



DE LA REALIDAD

Ciencias

¿Por qué se quiere reformar el calendario? El hombre ha usado muchos calendarios diferentes a lo largo de la historia, y aun hoy los tiene diversos en distintas regiones de la tierra.

El que hoy usan los pueblos cristianos presenta algunos inconvenientes civiles y eclesiásticos, que se trata de subsanar.

Tiene meses de 28 y de 31 días; el primer trimestre es de 90 días y el último de 92; los Domingos caen cada año en fechas diferentes; grandes festividades religiosas son móviles; la semana santa llega a celebrarse algunos años tan temprano como el 22 de Marzo y otros tan tarde como el 25 de Abril.

Toda reforma del calendario ha de considerar el ritmo cronológico de la semana con su día de reposo, ley de Dios, que armoniza perfectamente con nuestra naturaleza.

El año ha de tener su duración de 365 días ordinariamente y de 366 los años bisiestos para que las estaciones caigan siempre en los mismos meses; pero esta duración no se compone de un número cabal de semanas: sobra un día en los años ordinarios y dos en los bisiestos.

Para que no sobre ningún día y para que el calendario se repita con los días Domingos siempre en las mismas fechas, se ha propuesto a la Sociedad de las Naciones que la última semana del año tenga dos Sábados en los años comunes y que en los bisiestos tenga además dos Sábados, la última semana del primer semestre.

También se regularizarían los trimestres dando en cada uno, al primer mes 31 días y a los otros dos, 30.

Tropiezos de trámite hicieron encarpetar en la sesión del 25 de Enero esta reforma, que había sido recomendada por varias entidades y que fué propuesta por el delegado de Chile.

Se comprende el apego intransigente de la humanidad a la semana, cuyo compás es el único que ella nunca ha per-

dido, a lo menos desde Moisés, hace 32 siglos y que se resiste a sacrificarlo con semanas de dos Sábados.

El inconveniente más grave, las fiestas religiosas móviles, sólo puede la Iglesia juzgarlo y puede ciertamente modificar el calendario eclesiástico, aunque no se verifique otra reforma.

La crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo fué el **Primer Viernes** de Abril; este hecho ya no es discutible aunque sea en general poco conocido y aunque se dispute todavía si fué el Primer Viernes de Abril del año 30, o del año 33; la pasión tuvo lugar cuando los judíos celebraban la Pascua en el primer plenilunio de primavera.

Es imposible reunir todas estas circunstancias para conmemorar el magno aniversario.

Hasta ahora la Iglesia determina el Viernes Santo, buscando el plenilunio.

Ya la Luna ha perdido la importancia que tuvo para la vida.

La Iglesia puede fijar en el Primer Viernes de Abril, el aniversario del Viernes Santo en que el Sagrado Corazón rindió su vida con infinito amor.

El lo dispuso todo con suavidad, pero con número, peso y medida.

Ramón Salas Edwards

Arte

Impresiones sobre cinco marinistas chilenos

Nuestro país presenta como pocos amplia inspiración visual para el arte pictórico tipo paisaje y, en especial, para el marinista. Su situación especialísima geográfica, enmarcada entre cordillera y océano, dentro de gran variedad de climas que determinan diversidades panorámicas, hace de nuestro largo litoral y de las numerosas actividades humanas que él subordina, el paraíso del cazador sensible de emociones estéticas.

Interesante nos ha parecido dar a conocer en esta ocasión, nuestras impresiones sobre algunos marinistas chilenos y actuales que frecuentemente están haciendo exposiciones en nuestra capital o presentando sus obras en los salones Nacional y Oficial. Estas impresiones no son más que una recopilación de apuntes rápidos, tomados con motivo de alguna presentación de obras que estos pintores en diversas oportunidades, y reunidos en esta ocasión con el único deseo de

interesar a los lectores de "Estudios" por conocer directamente el trabajo de nuestros mejores valores artísticos del momento, en esta rama importante de la pintura.

A. Pacheco Altamirano.—Entre los actuales pintores chilenos cuya fama haya traspasado los límites nacionales, Arturo Pacheco Altamirano es quizás de los primeros. Grandes triunfos en Argentina, exposiciones en París, numerosos premios y distinciones, le dan una posición envidiable entre los artistas chilenos que triunfan en el extranjero.

Sus cuadros se caracterizan por la intensidad del colorido y la audacia en el empleo de los tonos intensos y brillantes; azules, verdes, amarillos y plomos: toda la gama de colores elevada a altas tensiones, sale impregnada de rara fosforescencia y viveza de su pincel. La vista de sus cuadros siempre nos trae el recuerdo de ciertas obras de la Escuela Belga, por la similitud en tratar los temas portuarios y marítimos, en tonos vivos y oscuros, mágicamente impresionantes.

Con una sensibilidad muy rica y una fantasía vigorosísima, Pacheco Altamirano se repite hasta el cansancio en su sinfonía de colores profundos. Sus mares, sus costas, sus puertos, sus lanchones y barcos, todo en él tiene un aspecto fantástico, de momento extraordinario, de minuto álgido de máxima manifestación de colorido estético. Así mismo, el punto de perspectiva en que se sitúa el artista para enfocar el tema, es exactamente siempre el lugar y la hora en donde se consiguen estas tonalidades intensas, estos reflejos en las aguas, estos cambios de tono, bruscos y brillantes. Pacheco Altamirano no retiene cualquier paisaje; él busca los motivos y los momentos que están en concordancia con su gusto y manera de pintar, y se nos ocurre que cuando no los encuentra, los crea artificialmente sacándolos de su acicateada fantasía.

Cuadros, los suyos, muy afectistas, tienen un valor decorativo pocas veces igualado, impresionando fuertemente al espectador con su brillo y bruscos contrastes de color. El reflejo de mil escamas plateadas, nacidas de algunos rayos de un sol aprisionado entre nubarrones blanco puro y gris opaco, crean la razón estética de los lienzos de Pacheco Altamirano.

Horacio García.—Horacio García es un marinista muy conocido y apreciado, no sólo entre nosotros, sino también en los Estados Unidos, en donde ha obtenido numerosos triunfos...

Sus lienzos, de una claridad y limpieza extraordinarias, tienen todo el agradable encanto de la obra hecha a concien-

cia y con todo el cariño y devoción del que se ha especializado en un tipo determinado de pintura, en este caso las marinas, en las cuales ha puesto una composición serena y un dibujo impecable.

Con gran espíritu de observación y metucioso estudio, y siguiendo las huellas de los grandes maestros ingleses — Somerscales, Alquist — de quienes se adivina la benéfica influencia, García nos brinda marinas siempre fidedignas, bien terminadas, frescas y gratas a la vista. El panorama marino: cielos, nubes, muchas veces costas, y aguas acariciadas por la brisa o azotadas por el temporal y la lluvia, adquiere realidad por la escrupulosa trasposición que de él hace el artista. Encuadrados en este fondo, resaltan bellamente los altos velámenes iluminados y los numerosos detalles de barcos de todas las épocas y clase que surcan los mares en la claridad u oscuridad de horizontes siempre limpios y algo idealizados. Todo revela en Horacio García al estudioso preocupado, no sólo de la grata presentación y composición general de la obra, sino de la veracidad del más pequeño detalle. Este exceso de minuciosidad lo lleva por lo general a un preciosismo que resta espontaneidad y vigor a su trabajo, que resulta así excesivamente agradable para alcanzar toda su intensidad estética.

A. Casanova Zenteno.—Con gran originalidad de composición, colorido de “Gran Señor” y con un marcado espíritu romántico, pleno de fantasía que impresiona fuertemente la sensibilidad del espectador, para Casanova Zenteno el mar es un bello pretexto para exteriorizar las variadas visiones anecdóticas que le sugiere su fantasía. Lo que a Casanova Zenteno le interesa, es traducir el “hecho” que se desarrolla en el mar: una gesta heroica o una situación álgida; una batalla entre viejos barcos de imponente velamen o el recuerdo histórico de algún navegante descubridor de nuevas tierras o mares; el abandono de algún velero ya perdido, las vicisitudes navieras provocadas por las mareas, los peligros que encierran las neblinas, etc., etc.; siempre el mar ocupando un lugar secundario frente a barcos en un trance.

Casanova no ama al mar por sí mismo, no lo conoce ni se preocupa por manifestarlo. Recuerda a aquellos nobles que jamás habían pisado un navío y los cuales algún rey de peluca empolvada enviaba sorpresivamente a comandar una escuadra. Para nuestro maestro, el mar no representa más que el lugar donde él deja de manifiesto su inspiración romántica, y la llamada multiforme de las aguas no encuentra eco en la sensibilidad del artista. Debe ser un convencido de que todas las bellezas que encierra este gran capricho lí-

quido, sus mil reflejos y su llamado misterioso que despierta sensaciones concordantes en el interior del hombre, están exclusivamente para hacer resaltar con un panorama de lujo las andanzas de los hombres del mar.

Con un perfecto dibujo y con profusión de matices brillantes, en fondos indeterminados y nebulosos, Casanova Zenteno ha sabido imprimir en sus cuadros una personalidad exuberante, llena de vigor y maestría en el manejo del tema evocativo, que se desarrolla sobre mares irreales y cielos luminosos, ambos vagos e indeterminados. Las más altas distinciones obtenidas en Chile y el extranjero, lo hacen un pintor ya bien respetado y conocido.

Humberto Cabezón.—Contrariamente al anterior, Humberto Cabezón nos presentó el año pasado y entre otras obras, un grupo de marinas, de aguas puras, en que el líquido traspasado en variadas formas a la tela, era el personaje central y el tema predominante de la inspiración. Olas bravías, rocas chorreantes y arenas empapadas, formaban el deleitoso conjunto ofrecido al público.

Cabezón es un dibujante y acuarelista de extraordinario valor, y en sus óleos, a los cuales se ha dedicado con entusiasmo últimamente, se nota aún la influencia de su antigua forma de expresión. Con gran finura para captar fácilmente motivos puramente pictóricos y con extraordinarias dotes naturales, es Cabezón uno de nuestros pintores de mayor porvenir.

Guillermo Grossmacht.—Calladamente, participando poco en el ambiente artístico y sin que la crítica oficial se haya preocupado mucho, Guillermo Grossmacht, pintor porteño de máxima conciencia y gran desenvoltura, llama la atención de los entendidos con sus exquisitos paisajes campestres y sus marinas hermosísimas, frecuentemente expuestas en esta capital en las ventanas de la casa Kogan & Cía.

Como en García, se reconoce en Grossmacht una sabia y bien estudiada posesión de los detalles marinos, fruto de prolija y paciente investigación, y la influencia de los maestros del mar: Horst, Alquist y, especialmente, Somerscales. Nada escapa a su espíritu de observación y es curioso a veces constatar las exactas correspondencias entre el panorama marino de sus obras con las maniobras y posiciones de sus barcos. Todo está estudiado a conciencia, ningún detalle se ha escapado. Sin caer en el preciosismo meticuloso y falso para la visión de García, con una idealidad estética muy serena y tranquila, las marinas de Grossmacht tienen un apacible encanto emanado del colorido suave, la correspondencia de

los tonos y la exactitud del dibujo. Ninguna intranquilidad turba la forma siempre idéntica de tratar sus obras, las cuales se reconocerían siempre como salidas de su mano.

Un gran conocimiento del mar y de la vida que cotidianamente se desarrolla en él, denotan las obras de Grossmacht. Vapores pesados, rodeados de lanchones que van depositando la carga en sus bodegas; el hospitalario "Dique" que reconforta las amargas soledades de muchos viajes peligrosos; la molicie de las viejas "chatas" que recuerdan su aventurera mocedad en la paz abrigada del puerto. Los bien conocidos y ya veteranos barcos de nuestra Marina Mercante, encuentran en Grossmacht el cariñoso intérprete de su cansancio; y los vapores de empresas extranjeras, para nosotros tan familiares, se han incorporado a nuestra vida sentimental en forma estable, gracias a su pincel conocedor y amigo. Barcos de todas clases, "Dique", lanchones, espigones, grúas: las faenas todas de "el puerto"; Curahumilla, Laguna Verde, Playa Ancha, vistos desde el mar; la visión del puerto, con su movimiento de día de trabajo y sus casas arañando los cerros; los días luminosos en que el viento "Sur" zarandeja las embarcaciones y levanta alegres remolinos de espuma; los crepúsculos apacibles y claros en rosa y oro; los vapores al ancla y los veleros tomando rumbo: toda la vida que se desarrolla en el mar ha sido captada por Grossmacht con trazos empapados de ternura en un poema de dibujo y color.

Un perfecto dibujo y un gran cariño por su arte, son la base de la buena técnica alcanzada por este enamorado de la belleza panorámica. Pero la nota más interesante de las obras de este pintor, es quizás esa patina que envuelve a sus cuadros en un todo perfecto, alcanzada quizás por la correspondencia de tonalidad suave en la variedad del colorido y por la intuición de una perspectiva enfocada hacia un trazo totalitario del panorama. El pintor ha conseguido con esto dar unidad a sus obras, en las que presentimos una "atmósfera estética" que ellos emanan, evocativa y emocionada hasta más allá del cuadro mismo.

C. M. M.

Crítica de análisis y análisis sin crítica

La crítica en arte es un acto criminal, un esteticidio. La obra de arte no resiste el despedazamiento que constituye la crítica. Aquella pierde al instante mismo de efectuarse la crítica su esencia estética, su razón de ser, la base misma de donde emana su belleza: la integridad.

Frente a una creación artística no cabe otra posición que el análisis; o sea una actitud de señalación de elementos constitutivos, de localización y jerarquía categorial de ellos.

en un deseo de hacer más comprensible su significado y ampliar, en una interpretación racional de la inspiración intuitiva del artista, el círculo de apreciadores. La actitud de análisis es una forma de apostolado estético y un movimiento de simpatía y caridad social; es un acto de justicia hacia lo bello y de relación con la belleza, que trata de universalizar los sentimientos que ella inspira. Por esto, un buen análisis es un supremo gesto de generosidad social.

La crítica supone una base de relación y comparación fuera de la obra misma analizada y de la inspiración del creador. Ella presupone a su vez una fe, un convencimiento, un prejuicio, un dogmatismo, en el crítico. Y ésto es fatal y coloca al crítico en una posición falsa para apreciar la obra de arte. Un crítico que no es capaz de salirse de "su" verdad subjetiva, y transformarse en un analizador unificado en un ardor de simpatía con la inspiración del artista, no es digno de entrar en el círculo privado del arte. Este dogmatismo del crítico, basado en "su" verdad subjetiva, no puede tener valor de justicia, porque su dogmatismo, punto de mira de relación y comparación, siempre está determinado por múltiples factores contingentes más que necesarios, tales como educación, clase social, temperamento y mil otros convencionalismos que forman lo que vulgar e inconectamente se denomina "la personalidad", que lo imposibilitan para ponerse a ritmo ductilmente con la inspiración ideológica del artista en un supremo y humilde esfuerzo de compenetración al mismo plano de partida del creador, para valorizar desde ese punto de vista la obra de arte.

La crítica, por su esencia misma, como arte de discernimiento, más pertenece al plano ideológico puro que al estético. En ese orden ella actúa en el elemento que le es propio y en el cual encuentra los valores objetivos estables, estáticos, arquetípicos y teóricos de comparación y discernimiento. Porque lo ideológico puro, basado en la pura contemplación, sin manifestarse en la ebullición ardiente de la vida, es susceptible de crítica, y de una crítica que se transforma en un verdadero arte capaz de elevarse a una dignidad de perfecta creación. En cambio el Arte, que es una visión intuitiva basada en la contemplación de la realidad en la vida, tiende a plasmarse en la vida, tiene trascendencia a la acción, puesto que **tiene** que manifestarse. Es por ésto que la crítica desnaturaliza la obra de arte en cuanto su bisturí la toca en su primaria función de separación y desmenuzamiento de elementos. La obra de arte, que es una síntesis de elementos diversos estatificados orgánicamente en un momento de feliz contemplación inspirativa, emanando su belleza justamente de esta unidad sorprendida y suspendida en el tiempo y el espa-

cio por el artista, fenece en su esencia misma de la belleza, que es como decir su alma, al ser despedazada por el arte cirujano del crítico.

Nuestro ya bien conocido filósofo y colaborador de esta revista, Clarence Finlayson, se ha colocado en este plano perfecto de análisis, frente a la obra poética de Pablo Neruda. Más de siete conferencias sobre nuestro gran poeta en la Sala de Honor de la Universidad de Chile, y algunas más por darse, forman el concienzudo y emocionado homenaje del filósofo al poeta. Trabajo profundo, empapado de cariño y comprensión, trabajo a conciencia y de verdadera creación como los que acostumbra efectuar Finlayson, que sabe en este caso colocarse en una actitud perfectamente digna de la obra analizada y de unísona vibración con la inspiración intuitiva de Neruda, que de las Conferencias de Finlayson sale interpretado con veracidad y profundidad, dejando al descubierto la transcendencia ya bien metafísica de su poesía. No podemos dejar de señalar aquí un pensamiento que se nos viene a la cabeza al escuchar la interpretación de Finlayson sobre la poesía de Neruda: "Comprender es igualar", ha dicho Rafael.

No desesperamos que alguna de las numerosas editoriales nacionales se interese por recopilar en un volumen todas estas conferencias, que por la importancia internacional de Neruda, como por la proligidad y erudición del análisis, vienen a ser — por encima de consideraciones políticas — como un homenaje de desagravio al gran poeta por las incomprendiones de que en el mundo del arte ha sido objeto.

O. M. K.

Letras

Eugenio Montes Nos ha venido a dar una lección de estilo. Una lección sin desear hacerla, pues le ha bastado mostrarse cual es: sin artificio, con la fuerza lírica que es una pasión que ha sobrepasado los gestos, con la voz tan llena y segura, que era como una anticipación de lo denso de sus conferencias. Esta densidad maravillosa era clara: un apretujamiento de ideas, una floración de imágenes, mirando cada cual a un horizonte: al de antes, al de ayer, al de hoy y al de la esperanza que se mira en el mañana; pero,

estas cuatro flores de horizontes en una misma planta materna, con una propia raíz cogiendo las sales de un igual suelo: el de su tradición española.

Con aquella entereza y novedad de los clásicos su palabra reanimaba los más humildes sustantivos, los desgastados verbos y aun sus adjetivos hacían lucir con renovado júbilo las cualidades de las cosas. Eran sus charlas, aparte el tema y las ideas, la fiesta de la gramática. En esto y en el lirismo, mostraba Montes cuán de su sangre y carne es su estilo.

Estando lejos del motivo de esta sección la razón de su viaje y su contenido político, haremos silencio recordando esa integridad y pureza de Montes, que en su Molino de Viento, nos dice Eugenio D'Ors:

Eugenio Montes tiene la calidad de alfil blanco, en un ajedrez, intacto, de marfil.

Amanecer El primer número de esta revista que edita un organismo político extranjero ha llegado a nuestras manos. Lleva "Amanecer" el siguiente sumario: Alfonso García Valdecasas: Doctrina y acción. Eugenio Montes: A la sombra de las antorchas en flor. Felipe Ximénez de Sandoval: Esquema de una política exterior nacional-sindicalista. Rafael Navarro Díaz: Maestros de España. José María Souvirou: Poesía de España. Ricardo Giménez: España en el mar.

R. E. S.

Vida Internacional

Conflicto entre Honduras y Nicaragua Mientras la Conferencia de Paz del Chaco, con una insistencia que la honra, pero con un resultado que sin exagerar podríamos calificar de negativo, trata de buscar una solución a la controversia entre Bolivia y Paraguay que durante años ensangrentó el suelo americano, nuestro Continente, como si quisiera demostrar al mundo que acá tampoco el espíritu de la Paz ha prosperado, ha sido el teatro de un violento incidente entre dos naciones centro americanas que amenazó provocar una guerra violenta.

El origen inmediato de la tirantez entre Nicaragua y Honduras fué, en sí, pequeño. En una serie de estampillas de correo, grabadas con el mapa de Nicaragua y puestas en circulación en dicho país, se veía, en la región norte, una ancha

franja de terreno con la inscripción: "territorio en litigio", la emoción producida en Honduras por estas estampillas fué considerable, ya que ese "territorio en litigio", Honduras lo consideraba como incluido en su propio dominio, y declaraba terminantemente que no tenía cuestiones pendientes con ningún vecino.

El origen lejano es más interesante, ya que se trata de una cuestión que, desde mediados del siglo pasado ha provocado continuas controversias y disputas entre ambos países centro-americanos. La cuestión de límites, que tantas divisiones ha provocado entre las naciones recientemente nacidas a la vida independiente, iba también a provocar recelos y susceptibilidades entre Nicaragua y Honduras. Dos tentativas para lograr un acuerdo, efectuadas en 1869 y 1870 no dieron los resultados esperados por falta de ratificación de los tratados suscritos. En 1889 un nuevo Convenio estipuló, por vez primera que cada República sería dueña de los territorios que, a la fecha del *uti possi detis* (15 de Septiembre de 1821), constituía respectivamente las provincias de Nicaragua y Honduras. Sin embargo, la falta de ratificaciones a esta Convención, prolongó la cuestión de límites hasta 1894, en que los plenipotenciarios de ambos Gobiernos, señores Bonilla y Gámez, suscribieron un nuevo Tratado. Esta vez, fué ratificado. En virtud de este nuevo Convenio, una Comisión mixta se dedicó al trazado de la frontera, surgiendo rápidamente dificultades que, en repetidas oportunidades entorpecieron las labores de la Comisión, terminado ésta por separarse, antes de haber finiquitado sus trabajos en Agosto de 1904.

El espíritu ampliamente pacífico de ambos países influyó para que los respectivos Gobiernos concertasen un quinto tratado por el cual se designaba árbitro al Rey de España, Alfonso XIII.

El día 23 de Diciembre de 1906, el joven monarca español, de 20 años, dictaba su laudo en Madrid estableciendo una línea divisoria muy clara entre Honduras y Nicaragua.

No satisfizo este arbitraje al Gobierno de Managua, que, por intermedio de su abogado, don Antonio Maura, pidió al rey un esclarecimiento sobre diferentes puntos del laudo y alegó que se había fallado "ultra petita". No tardó en complicarse aun más la situación, debido a la guerra entre los ejércitos de ambos países, la cual no tenía por objeto la cuestión de límites, sino el mero deseo del Presidente Zelaya de Nicaragua, de tendencia liberal, de derrocar al Presidente hondureño Bonilla, que era conservador. Sólo así se comprende que Zelaya, después de ocupar con sus tropas Tegucigalpa, haya firmado la paz, sin imponer entonces ninguna cláusula que tuviera relación con la cuestión de límites pendientes.

Diversos incidentes de fronteras, acaecidos durante los siguientes 10 años demostraban, sin embargo, que la cuestión continuaba latente y grave la amenaza para la paz centro americana. En vano, en 1918, el Gobierno de los Estados Unidos intervino para buscar una solución amistosa e inútilmente conversaron en Washington, con Mr. Hughes, los representantes especiales hondureños y nicaragüenses. Sucesivamente, en 1921 y en 1923, el Gobierno norte americano ofreció el arbitraje, primero del Presidente de la Corte Suprema de los Estados Unidos y después del Secretario de Estado; en ambas oportunidades, la oferta fué aceptada por Nicaragua y rechazada por Honduras que pedía la aplicación total del laudo del rey de España.

Nuevas negociaciones, directas esta vez, culminaron el 21 de Enero de 1931 con la firma del Tratado Ulloa-Irias que liquidaba la cuestión pendiente en algunos de sus puntos y encargaba la solución de los demás a una Comisión Técnica, la cual, desgraciadamente, no se reunió nunca por cuanto el Congreso nicaragüense no aprobó el Tratado en referencia. Modificado éste para dar satisfacción a Nicaragua, por un nuevo Protocolo, esta vez fué la República de Honduras la que se abstuvo de ratificarlo.

Desde entonces hasta la emisión de las estampillas antes referida, no se había producido ninguna novedad en el asunto.

Pareciera justamente que todos las odiosidades reconcentradas durante tantos años hubieran estallado en esta oportunidad que la cuestión de las estampillas proporcionaba. Persecuciones de nicaragüenses en Honduras y de hondureños en Nicaragua, movilizaciones de tropas en ambos países, notas conminatorias de las Cancillerías en fin todos los signos precursores de guerra.

Los Gobiernos no parecían dispuestos a tranquilizar los espíritus, lo que motivó una grave acusación contra los Presidentes de ambos países: de tendencias políticas parecidas, los señores Somoza y Carías, cuyos respectivos Gobiernos no se encontrarían del todo firmes y contra los cuales la oposición aumentaba con el curso de los años, habrían aprovechado la oportunidad que el incidente les brindaba para tocar la campana de alarma del patriotismo y hacer olvidar, ante el peligro nacional, los errores anteriores.

En todo caso, parece que el peligro primero ha pasado. Aun cuando los puntos de vista de ambos países son opuestos — mientras Nicaragua no acepta el laudo regio y, por el contrario estima que la mediación de los Estados Unidos continúa, Honduras declara que tal mediación caducó y que sólo es posible aplicar total e íntegramente el fallo del rey Alfonso, la influencia de los países vecinos y, muy especialmente, la

del Gobierno de Washington ha logrado un apaciguamiento de la situación.

Ambos países han aceptado la mediación tripartita de los Estados Unidos, Venezuela y Costa Rica que se iniciará en breve.

Es un triunfo para la causa de la paz en el Continente porque encontrándose en vigor numerosos tratados interamericanos para evitar las controversias internacionales, y habiendo transcurrido apenas ocho meses desde la Conferencia de Consolidación de la Paz, convocada en Buenos Aires por iniciativa del Presidente Roosevelt, parecería inconcebible que dos países diesen preferencia a los métodos bélicos para dirimir dificultades en lugar de poner en juego la eficacia de todo ese caudal de tratados y convenciones firmados justamente con fines netamente pacíficos.

Una actitud contraria por parte de los Gobiernos de Nicaragua y Honduras significaría que toda la estructuración del derecho internacional que ha sido lograda en América tras rudos sacrificios y después de vencer toda suerte de dificultades no pasaría de ser una palabrería sin sentido ni importancia real.

Vale la pena señalar finalmente que, en virtud de los recientes Tratados de Buenos Aires, los países americanos, y entre ellos Chile, han convenido en que "toda guerra o amenaza de guerra afecta directa o indirectamente a todos los pueblos civilizados y pone en peligro los grandes principios de libertad y justicia que constituyen el ideal de América y la norma de su política internacional". No sería, pues, de extrañar que, en virtud de estos Tratados, nuestro país estuviera llamado a tomar parte activa en la solución del conflicto centro-americano en el caso que esperamos no ha de llegar — de un fracaso de la mediación tripartita.

E. B. C.

¿Existe un quebrantamiento de la tradicional alianza Anglo-Portuguesa?

A raíz de la tragedia española son muchos los comentarios que se han hecho en la prensa, en los parlamentos y en los círculos diplomáticos europeos acerca de un enfriamiento notable en las tradicionales relaciones de amistad entre Londres y Lisboa.

De allí a prever un rompimiento de la alianza tradicional entre ambas capitales, no existe sino un paso mínimo que franquear.

¿Podría la revolución española, que tantas y tan sangrientas consecuencias trajera al mundo y sus instituciones, destruir una alianza vieja de casi seis siglos?

Sin duda, en lo que al conflicto español se refiere, la conducta de Londres, partidario acérrimo de la no-intervención, y con simpatías marcadas hacia el Gobierno de Valencia, ha sido distinta, y hasta podríamos decir opuesta, a la actitud de Lisboa.

Es, en efecto, indudable que, a pesar de los compromisos contraídos en la no-intervención, la frontera portuguesa ha permanecido abierta para el General Franco y que, por sus amplias puertas han pasado importantes cantidades de material bélico, numerosos núcleos de voluntarios y víveres en abundancia para la zona nacionalista. Y es sabido que en Lisboa se tramitan las operaciones financieras de los rebeldes españoles, y gestiona y realiza la adquisición de armamentos de guerra, etc.

¿Cómo conciliar actitud tan parcial con la política no-intervencionista del Capitán Eden? ¿Cuál es la situación de la alianza luso-británica, si el Portugal se opone a las ideas de Lord Plymouth, hace fracasar los acuerdos del curioso Comité de Londres — creación inglesa por excelencia — y veta en la SDN. la proposición británica relativa al retiro de los voluntarios de España?

El hecho de que los intereses del Portugal estén prácticamente en juego en el conflicto español no basta para que el Dr. Oliveira Salazar sacuda con tanta limpieza y facilidad la influencia británica.

La verdad es que la razón de ser de la tradicional alianza, pactada por vez primera en 1373 entre Eduardo III y el Rey Don Fernando, ha cambiado por completo. Por eso sus manifestaciones prácticas son ahora distintas.

Hasta hace apenas pocos años la alianza luso-británica, no era la resultante de comunes intereses sino un tutelaje apenas disimulado de la Cancillería del Támesis sobre la del Tajo. La única ventaja que de una alianza con tan poderoso país retiraba el Portugal, era la garantía de su soberanía y de su independencia continental. Se repetía, en otras palabras, el Pacto que en la Edad Media celebraba el noble con el campesino, entregando éste a aquél el dominio de su propia persona, a cambio de verse defendido y apoyado.

Fueron numerosas las veces, por lo demás, que, en el curso de esta alianza, la lealtad británica se demostró muy relativa, y que, acomodándose siempre al curso cambiante de la política internacional, Londres no vaciló en volver las espaldas al Portugal, seguro de encontrarlo cuando precisara nuevamente de su ayuda. E invariablemente, la monarquía portuguesa, pasando un velo sobre tan dolorosos recuerdos, acudía a los llamados de Albión, porque la alianza significaba un puntal indispensable para su independencia, un

baluarte para protegerse contra la codicia de otras grandes potencias.

Hoy, sin embargo, la situación ha cambiado y una inteligencia fina como la de Oliveira Salazar no podía dejar de explotarla. Sabe, ahora, Lisboa que, en los momentos actuales su amistad es de capital importancia para el Foreign Office, porque el Imperio tiene en las costas portuguesas bases para sus navés de guerra y porque, desde el punto de vista marítimo, el Portugal está destinado a reemplazar a Gibraltar — otrora inexpugnable — y ahora expuesto a desaparecer debido a la potencia de los cañones modernos.

Hoy por hoy la amistad luso-británica presenta, sin duda, mayores ventajas para Londres que para Lisboa. Por eso, Oliveira Salazar, apreciando la importancia del momento, trata de sacudir el tutelaje inglés sobre su patria, tutelaje que los anteriores gobernantes consideraban imposible de eliminar y al cual el pueblo portugués se había sometido con resignación.

Sabe el joven dictador de Lisboa que no existe el peligro de que el poderoso aliado ejercite presiones estilo "británico" ni repita las descortesías que en otro tiempo debiera soportar el Gobierno del Tajo, ya que, el único resultado de tal política sería precipitar la incorporación del Portugal a la combinación diplomática de los países facistas, al eje Roma-Berlín.

Y a esta seguridad de que Gran Bretaña no la dejará sucumbir a los coqueteos de Alemania e Italia, se debe la independiente actitud de la Cancillería lusitana con respecto a su vieja aliada.

No parece, pues, que la política de la Cancillería de Lisboa quiera ir más lejos. No se trata de romper una alianza sino de equilibrarla, sacando todo el partido posible de las circunstancias y sirviéndose de ellas para colocar al Portugal en un plano muy superior al que antes ocupó en el concierto de las naciones europeas.

E. B. C.

El mejor tónico cerebral

F i t o s a n

del Instituto Sanitas.

A base de fósforo, calcio y magnesio.

NOTAS

BIBLIOGRAFICAS



“INDICE DE LA POESIA CHILENA CONTEMPORANEA”, por Hernán del Solar. Ediciones “Ercilla”.—Santiago de Chile 1937.

Toda antología es por definición una arbitrariedad. Aun cuando esto de ser antología se oculte tras el discreto velo de un índice. Porque un índice tiene a primera vista una modestia que encanta y es la de quedarse en ser una muestra, una intención de señalamientos; pero, como algunas de estas modestias no virtuosas, llevan en el fondo el aire de un orgullo. Un índice puede ser más presuntuoso que una antología. Esta es casi siempre una definición del gusto del autor; aquél tiende a aparecer como definición y marca de los gustos de los indicados.

Apartando esta digresión que es general, y aplicable o no, según los casos, nos encontramos en presencia de una antología chilena que va del novecientos hasta nuestros días. La revisión de ella nos da en cuanto a nombres, una seguridad: la de hallar todos los que merecían estarlo. No así en lo relativo a su representación en la que se notan claros. Hay poetas de escualidísima presencia y de mayor merecimiento, como el caso de Julio Barrenechea, que trae una sola poesía, y otros, cuya obra última ha sido colocada a un lado, siendo ella de consistencia, de valor y originalidad en nuestras letras: referencia a Pedro Prado y su “Camino de las horas”. Sin embargo véase por ahí a uno que otro abultando las páginas del libro y que con un poema único hubiera mostrado la repetidísima riqueza que posee y hecho lugar a la muestra más justiciera de otros. Estas son imperfecciones inherentes, casi insalvables de toda labor antológica.

Por lo demás, del Solar, en los demás poetas ha hecho justicia. Tampoco debe dejarse de considerar las páginas preliminares, tan bien escritas, certeras, de un análisis hondo de intenciones, que revelan el amor con que del Solar ha acogido esta tarea.

Limpia y atrayente Edición “Ercilla”.

R. E. S.

“A LA SOMBRA DE LAS MUCHACHAS EN FLOR”, por Marcel Proust. Ediciones “Zig-Zag”. Santiago de Chile de 1937.

Aquella enorme influencia, que se mantiene, de este asmático de prodigiosa memoria, delicada sensibilidad y rara inteligencia, nos da su razón de ser en este libro de las “Muchachas en flor”. La minucia, el escudriñamiento de los menores actos, es como una luz para la inteligencia de los artistas y de los demás hombres: la apertura de un mundo oculto bajo nuestros actos, el conocimiento del verdadero camino de éstas nuestras acciones, además del aroma de una época cercana que se conserva, como una violeta recién

cortada y puesta a secar, como lo hacían los románticos de algunos años anteriores, entre las hojas de un libro.

Este es en esencia el por qué de la siempre renovada mocedad de Proust. Su obra es clásica; está cogida, asentada, viviendo de lo vivo eterno de los hombres. De ella podrá pasar el estilo, la manera lenta y propia que tenía este hombre de escribir en su dormitorio oscuro, acolchado, en sus noches de paz que le permitía la dolencia. No podrá pasar: más, podrá ser un estorbo en un momento, pero lo que palpita en su obra, su mundo, la eterna manera de los hombres, esa se deshará únicamente en el juicio final de los hombres.

Esta correcta edición de "Zig-Zag" presenta un inconveniente: la obra de Proust es una sinfonía, que no hay razón de comenzar a oírla desde un segundo movimiento. El haber cogido esta especial en toda la serie se nos antoja por lo llamativo del título, ya que no hay otra razón visible estando traducida por el mismo Salinas, fino poeta español que da garantías en esto de traducir, el primer tomo de "Por el camino de Swann". Esperamos que sea salvado ese error.

R. E. S.

"LAS MUCHACHAS", por Henri de Montherlant. Ediciones "Er-cilla". Santiago de Chile 1937.

De esta obra teníamos las siguientes garantías en cuanto a su manera de ser recibida por los lectores y la crítica: medio ciento de millares de ejemplares vendidos y notas críticas que suscriben altas firmas. Ellas dicen: "Un libro que sin estar enteramente desprovisto de valor, su interés es de los más limitados y que muestra una horrible vejez de inspiración". "Esta novela tiene un aire de reto que es un mal olor de impostura. Henri de Montherlant, habla de amor con una total falta de veracidad". "Los personajes, pobres títeres...". "Montherlant se burla de nosotros, sin contar que esta especie de robar las conciencias es un crimen". "Esta obra que desea ser única y desconcertante es por sobre todo una mezcla de broma e incoherencia...". "Esta novela, de un perfecto cinismo, ha sobrepasado de esta manera a las peores novelas inmorales de todos los tiempos".

Estas impresiones adelantan una cualidad de la obra: su pretensión desmesurada, hecha a base de cinismos. Por otro lado no se debe negar la presencia de páginas de intención y resultado admirable, como unas de las primeras cartas de Costa en que se habla del amor.

R. E. S.

"EN U. R. S. S.", por Pierre Herbart.—París 1937.

Gide — dice "Etudes", de Septiembre último — en vista de las críticas que le valió su primer libro sobre Rusia, ha acentuado y amplificado sus censuras y ha dicho que habló porque se siente defraudado por no haber encontrado en el país de sus ensueños el "socialismo realizado". Agrega aun que el largo ensayo ya hecho va alejando al pueblo eslavo de las perspectivas comunistas y que por esto ha proclamado la verdad.

"Yo reprocho, dice él, a nuestros comunistas, no a aquellos camaradas engañados inocentemente, pero sí a los que sabían o de-

bían haber sabido la realidad, de propagar la mentira ante los obreros conscientes o inconscientemente y en este caso por fines políticos.

Pero aparece ahora un nuevo testigo, Pierre Herbart, que en su obra sobre la U. R. S. S. que acaba de publicarse. (París Gallimard 1937) confirma todos los juicios de Gide.

Herbart, comunista también, fué el compañero y guía de Gide en su viaje por Rusia, pues allí vivía desde hacía 6 meses como Director de la revista de propaganda "Literatura Internacional".

Herbart, algo resignado con aquel mal régimen, había primeramente desaprobado la publicación de las notas de André Gide. No porque dudara de la exactitud de ellas sino porque deseaba dar un mayor plazo a la revolución rusa que le permitiera entrar en la línea derecha marxista. Se cansó de esperar y nos dá también ahora sus francas impresiones.

"Es imposible en adelante, dice Herbart defender a la U. R. S. S. sin mentir y sin saber que se miente. Semejante método no puede servir a la causa de la revolución".

Estos dos testimonios que concuerdan, el de Gide y el de Herbart, valen por los hechos que ellos relatan. Son instantáneas de un film en ejecución donde se ven pasar cuadros de miseria física y moral.

Tienen aún su importancia por las reacciones que han provocado en el medio comunista. No es, sin duda, que estos testimonios hayan sorprendido, fuera de Rusia, con sus revelaciones a los dirigentes comunistas que estaban sobre aviso. Pero la consigna era la de callarse y mentir. De ahí, que ante de sus indiscreciones viniera un escándalo revelador de las tácticas ocultas.

Por lo demás estas obras que carecen de mérito doctrinario sólo valen por el testimonio irrecusable de la realidad y crítica que en ellas hacen dos autores que siguen fieles a sus ilusiones o a su testadurez comunista.

"CAUCES DE LA VOZ", por Francisco Santana.—Santiago de Chile.

Leyendo con atención los libros poéticos he caído en una sospecha, triste como toda sospecha. El excesivo predominio de la sensibilidad estricta sobre el pensamiento, — que es la duda concebida — llevará a quedarse a flor de agua la mayoría de las veces.

Y la perfección poética no se halla en las aguas movibles y primeras de la sensibilidad ni en el fondo, siempre con sabor a tierra y vanidad, del pensamiento: hállase entre aguas, en la línea exacta que divide y junta a ambas. Escribir poesía es nadar entre dos aguas, sin inclinarse ni al aire de la superficie, ni a la tierra del fondo. Justo equilibrio. De otro modo o se hace burbuja estremecida o peso dialéctico difícil de asimilar.

Esto se me ha reocurrido leyendo "Los cauces de la voz" de Francisco Santana. Hay en el tomo tal riquezas de imágenes, tal brillo de la sensibilidad maravillada, tanta contemplación con los ojos y sentir con las venas, que oculta toda esta cadena a imágenes su propio pensamiento. De un libro fluye siempre la lección de vida que nos da el escritor, su grito de lucha o su pereza de sueño — mejor siempre — de los poemas Santanescos nace lo segundo. És como estar en la duerme veía viendo saltar colores dentro de los ojos, o paisajes derrumbados en los recuerdos o anticipaciones de vistas de mañana.

La duerme vela es agradable en un momento, en un libro o en varios poemas. Pero es necesaria la vigilia, la espera emocionada o el sueño total. De otro libro de Santana esperamos mayores estrellas de pensamientos asomando sus puntas entre los velos de senibilidad. Para ello es imprescindible mayor meditación y paz o combate en nuestra vida. Por esto mismo es que resalta en su sencillez, en lo sentido que tiene, en la idea quejosa, entre tanta otra imagen más perfecta, lograda y est etrozo de un poema:

Entre las aves, los bueyes y el ganado
 los labradores guardan
 un manto turbio de cansancio y pesadumbre.
 Las mujeres lucen desnudeces amargas
 El corazón humano no suaviza esta vida de muerte
 que sangra en las cuatro estaciones del año.
 El campesino vive entre animales y entre ellos muere.
 Su abandono y desamparo me da vergüenza.
 Los campesinos no tienen campo y ahí trabajan.
 Sus rostros llevan mi propia sangre.
 Sus manos son como mis manos.
 Su bandera es la bandera que envuelve.
 Y su corazón yace olvidado.

R. E. S.

"LOS ANTEPASADOS DE DON DIEGO PORTALES PALAZUELOS", por Fernando Larraín Echeverría.—Imprenta "Universitaria; Santiago de Chile, 1937.

Hace algunos meses la Academia Chilena de la Historia conmemoró con exposición, veladas y concurso el primer centenario de la muerte del organizador de la República, Don Diego Portales. En el último torneo le fué discernido el primer premio "ex-aquo" al trabajo presentado por Don Fernando Larraín Echeverría sobre los antepasados del prócer, trabajo que ahora se encuentra en circulación en elegante separata del Boletín de la Academia Chilena de la Historia.

El estudio del Sr. Larraín es un esfuerzo extraordinario de investigación y un modelo de crítica histórica. No se ha limitado a reproducir, como por desgracia lo hacen muchos genealogistas, las leyendas y patrañas que suelen circular en torno del origen de los linajes ilustres, sino que ha sacudido los polvorientos legajos de los archivos españoles y chilenos y seguido así paso a paso y con lujo de documentación la huella de las familias de Portales, Palazuelos, Larraín, Aldunate y sus entronques.

Nos complace constatar la fidelidad histórica, la seriedad crítica y la clara y amena exposición que sobresaen en el curso de este trabajo. Es una muestra bien notoria de que felizmente ya ha llegado a enseñorearse de los campos de la genealogía la rigidez científica, tan necesaria para que los trabajos que de allí broten vengan a constituir un aporte de valer a los estudios históricos.

"EL PRESTAMISTA DE HONRAS", por Benjamín Morgado. — Ediciones "Senda", 1987.

En esta obra teatral hay una superficie de alegría que es casi como un vestido viejo que deja ver por sus roturas la carne del hombre: porque también en ella, por sus quebraciones, en medio de su gozo, se ve palpitar la irremediable tristeza y angustia de lo humano. Sus personajes, cogidos todos de lo cercano, de lo próximo a uno mismo, traen aún el olor del mundo: son como los seres de la época muñecos con un poco de alma; con ese poco que hasta porque dá la sensación de vivir, que les es un sufrimiento. Y así con este tejido de ansias, de manías, compone Morgado esta obra en tres actos de triste humanidad.

Su teatralidad es evidente: la composición de cada personaje, de calidad primaria, no compleja, hace fácil su llegada al público. Y esto en materia de obras para representar es algo decisivo.

R. E. S.

"FRANCO, CUARTO CAUDILLO DE LA EPOCA", por Joaquín Arrarás. Editorial "Zig-Zag".—Santiago de Chile, 1987.

La interesante figura del jefe de la revolución nacionalista española aparece aquí esbozada desde los tiempos de su juventud. Se le ve ascender grado a grado los escalones de la carrera militar merced a su sorprendente valor en la interminable guerra de Africa. Se le ve en todo instante aparecer rodeado de un nimbo heroico que no altera en modo alguno su modestia y equilibrio. Es una personalidad en que domina más el cerebro que el corazón, en que la razón tiene allí más imperio que el sentimiento, sin que ello signifique primacía de lo insensible sobre lo humano. Por el contrario, cuando Franco va aguijoneado por un ideal que conseguir, el fuego español le abraza por entero. Pero en él se realiza la perfecta jerarquía de los valores, la admirable subordinación de las pasiones a la inteligencia y a la voluntad, que le unge como nato caudillo de su pueblo.

J.

"HISTORIA DE ESPAÑA", por Louis Bertrand. Empresa "Letras". Santiago de Chile, 1987

Ha sido un lugar común de escritores franceses de todos los siglos, denigrar lo español y mirar con profundo desdén todo que con él se relacione. De ahí que resulta admirable constatar en nuestro tiempo la reacción que ya se nota entre los literatos de Francia de ir despojándose de tan estúpidos como injustificables prejuicios que como una tupida venda interceptaba ante sus ojos la maravillosa y fiel imagen de la España de los Reyes Católicos, de los Carlos y Felipes.

Le ha correspondido en bella forma encabezar en su patria esta campaña de reparación de los valores españoles al eminente escritor Louis Bertrand. Sus trabajos sobre Santa Teresa de Jesús y Felipe II tuvieron desde luego una merecida repercusión en el reino de las letras y a ellos ha venido a sumarse en los últimos años la "Historia de España", que hoy nos brinda la Empresa "Letras" en edición nacional.

Esta historia tiene el incomparable mérito de proporcionarnos una acabada síntesis de la trayectoria del pueblo español desde la Reconquista hasta nuestros días, vista al través de las nuevas investigaciones que han venido a reivindicar el buen nombre de España. En sus páginas, escritas con particular amenidad y elegancia, se admira el móvil eminentemente cristiano de las empresas españolas; se coloca en su verdadero alcance la influencia cultural árabe, tan exagerada por algunos; y se da a la conquista de América el realce que un hecho tan estupendo merece.

Esta obra de Louis Bertrand constituye un acto de desagravio de las letras francesas a la campaña de calumnia y desprestigio emprendida desde antaño contra la grande y noble España.

J.

"DON BOSCO Y SU TIEMPO", por Hugo Wast. Ediciones "Er-cilla".—Santiago de Chile, 1937

He aquí una obra que se aparta felizmente de la manoseada técnica que suelen emplear los autores de vidas de santos. Hay aquí soltura, amenidad, gracia, color, en suma, vida. El gran fundador de los Salesianos aparece como una figura de carne y huesos, en un marco histórico particularmente movido, e interesante y apasionado. Hay en estas páginas técnica literaria y biográfica que no sacrifica sin embargo, la veracidad. De ahí que se lean con agrado a la vez que con provecho y que nos sea colocada muy cerca de nosotros la imagen de Don Bosco que, como la barca del Evangelio, flota sin peligro en la tempestad masónico-liberal de su tiempo. Porque acaso pocos santos como este padre de la más activa caridad social habrán realizado en su vida la petición de Cristo al Padre en la oración sacerdotal: "No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal".

J.

"ALEJANDRO I", por Mauricio Paleologue.—Empresa "Letras".—Santiago de Chile, 1937.

El estilo evocador y mesurado de Paleologue, que aprendimos a gustar con la magnífica obra "La Rusia de los Zares durante la Guerra", encuentra un amplio campo para desarrollarse en la biografía del emperador Alejandro I. Sus íntimas relaciones con la sociedad rusa y el hondo conocimiento de la historia diplomática, han ofrecido a Paleologue un medio insuperable para construir alrededor del sucesor de Pablo I un cuadro en el cual se mezclan armoniosamente el relato ameno, la interpretación justa y la visión clara del significado profundo de los hechos. En esta obra, llama la atención la novedosa solución que da el autor al problema del fin de Alejandro, que otros historiadores han pasado por alto.

La edición es correcta; no así la traducción que adolece de numerosísimos galicismos y errores gramaticales graves.

R. B.

Consejos para economizar Gas en las Cocinas

- 1.º.—Cuando el agua principie a hervir, disminuya inmediatamente la llama. Hirviendo a borbotones, se gasta nueve veces más gas que con un hervor suave y no se adelanta nada, antes al contrario, los guisos se arrebatan y pierden su sabor.
- 2.º.—Las ollas deben estar siempre tapadas; si se tienen destapadas, se gasta cinco veces más gas.
- 3.º.—No caliente una gran tetera de agua, cuando sólo necesita una o dos tazas.
- 4.º.—No coloque una olla chica en un quemador grande, porque pierde inútilmente calor.
- 5.º.—El quemador del horno gasta más que los otros quemadores; aproveche cada vez que lo encienda para poner en él varias cosas.

CUMPLIENDO ESTOS CONSEJOS NINGUNA COCINA CON OTRA CLASE DE COMBUSTIBLE PODRA SERLE MAS ECONOMICA QUE LA COCINA A GAS.

**CIA. DE CONSUMIDORES DE GAS
DE SANTIAGO**

Interesa a los asegurados de la Ley 4054

El Consejo de la Caja de Seguro Obligatorio acordó dar de plazo

hasta el 31 de Diciembre de 1937

Para que los asegurados que lo deseen puedan rectificar la edad en que quieren constituir su PENSION DE VEJEZ, a fin de darles una oportunidad para que lo hagan por el mayor número de años posible.

Además, el Consejo ha dado de plazo hasta la misma fecha anterior para que los asegurados que lo deseen, puedan escoger o cambiar, si ya lo han elegido, el sistema de imposiciones cedidas a la Caja o RESERVADAS A LA FAMILIA.

Pida mayores datos, prospectos y formularios, en las

**Oficinas de la Caja de Seguro
Obligatorio**

TALLERES "CLARET"

Diez de Julio 1140. Santiago.

Precio \$ 2.60

16960YA 287

09-04-03 32180

XL



